

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. CASTANY.—Barcelona.

—¿No te da vergüenza? Venir a casa sin una perdiz ni un conejo...

—Es la primera vez que me sucede. Distráido he salido de casa sin dinero...

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO	
		Unión Postal	
Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas	Trimestre.....	9 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —	Semestre.....	16 —
Año (52 —).....	20 —	Año.....	32 —
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS		ARGENTINA (Buenos Aires)	
Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas	Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre (26 —).....	12,40 —	Semestre.....	\$ 6,50
Año (52 —).....	24 —	Año.....	\$ 12
		Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
 Plaza del Ángel, 5.—MADRID
 APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

————— MADRID —————

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
 DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

Bases para el Concurso de mayo.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de Buen Humor correspondiente al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres objetos de arte.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirse reunidas antes del día 10 de junio, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de junio insertos en esta página. A los suscriptores de Buen Humor les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los números del mes de junio se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

1.—De urbanidad.

LO S ES
MEDIA

2.—Ofrenda.

50 TI 50



3.—De música.

100 CHULO

4.—Un "toreador"

Infame L

Solución al concurso EL PURGATORIO

Tenemos el buen gusto de participarles que por el susodicho Purgatorio circulaban la friolera de 926 ciudadanos y ciudadanas. Entre las 8.023 soluciones recibidas han resultado exactas las 25 de los señores y señoras que a continuación se expresan:

1. Lolita Pensado, Duque de Alba, 7. Madrid.—2. Ricardito Fuente, Alcalá, 123, Madrid.—3. Una chismosilla. Madrid.—4. Luis Arenas.—5. Clemente H. Bengoa, Plaza de la República, 9. Bilbao.—6. José Beritens, calle Mayor, 55. Jaca (Huesca).—7. María del Pilar Pascual, Luna, 40. Madrid.—8. José

Pérez Oqueira.—9. Palos-Pernambuco. 10. Julián Arrobas, Claudio Cuello, 59. Madrid.—11. Fernando Goya, Santa Agueda, 15. Barcelona.—12. Antonio Zubiri.—13. Margarita López.—14. Un lector asiduo.—15. Rosario Rubio, Llaciana (León).—16. Silvino Avello.—17. Irenita Pueyo. Zaragoza.—18. Marcial Pérez Vises. Madrid.—19. Santiago González Picó. Aranjuez.—20. Emma Ferrari. El Limbo. Alicante.—21. Juan Manuel Martín de Matos. Barcelona.—22. Gerardo Sobrini e Hipolit. Cuenca.—23. Musidoro. Madrid.—24. Valentín S. Naharro, Claudio Coello, 59.—25. Emilio S. Naharro, Claudio Coello, 59.

Verificado el sorteo con las formalidades de rigor han resultado agraciados con las 25 del *ala*, los pacienzudos concursantes siguientes.

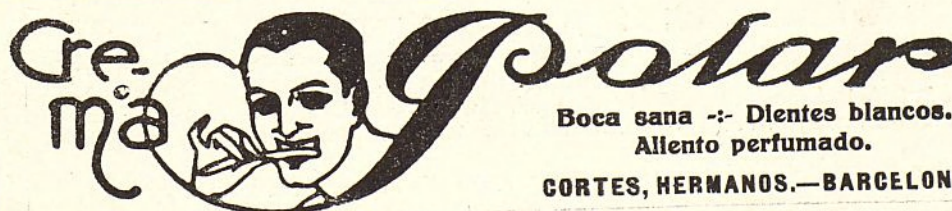
Una chismosilla de Madrid.

José Pérez Oqueira. De procedencia desconocida.

Marcial Pérez Vises de Madrid.

Juan Manuel Martínez de Matos (Barcelona).

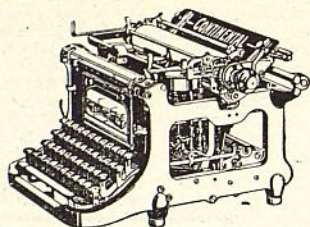
Estos señores podrán hacer efectivos las 25 *beatas* cualquier día de trabajo de cuatro a ocho de la tarde. ¡Ah! Les rogamos con lágrimas en los ojos que se traigan consigo la cédula u otro medio de indentificar su personalidad.



Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de abril.

La máquina de escribir **CONTINENTAL**
es la predilecta



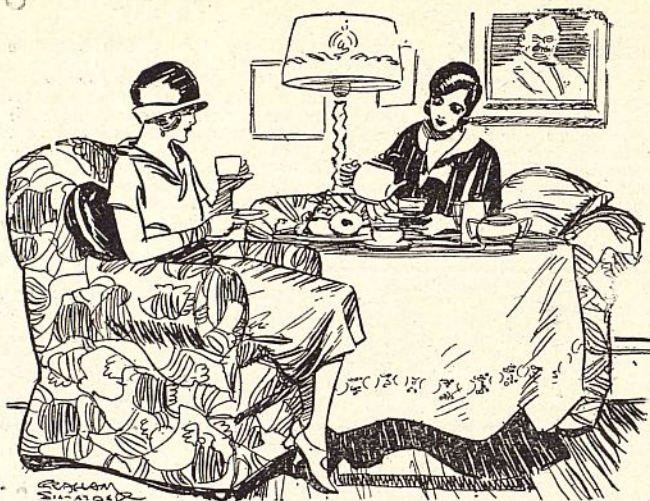
Pídanla a prueba a los concesionarios de
España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA. Claris, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint. 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par
máquina de escribir **CONTINENTAL**, se
venden máquinas de ocasión de todos
los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



—¿Ves mucho a tu marido?
—Una hora cada día aproximadamente.
—¿No es mucho!
—Al contrario; una hora se pasa muy pronto.

De *The Passing Show*.—Londres.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis **LÍQUIDO (blanco o rosado).** Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos.* Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojez, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza **CREMA ALMENDROLINA.** Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud.*

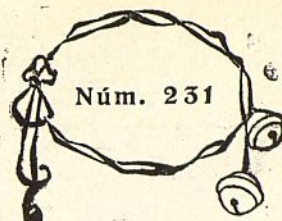
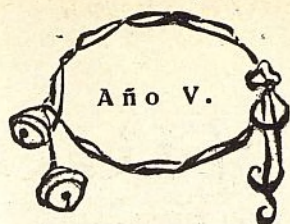
La **CREMA ALMENDROLINA**, marca **BELLEZA**, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin tenerlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—**DEPOSITARIOS:** en **Buenos Aires**, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En **Habana**, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En **Panamá**, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En **Méjico**, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



IMPRESIONES DE UN INGENUO

DIVAGACIONES SOBRE EL HORARIO



IGNORO por qué escondidos motivos se ha conminado a todos los relojes para que señalen sesenta minutos sobre «los legales». Espero que el Directorio se haga eco de mi estado ignaro, y se apresure, para tranquilidad de todos los que se encuentren en semejante caso, a enviarnos una detallada nota de la real disposición.

En tanto, séanos permitido algunas conjeturas.

Si es para que los ciudadanos madruguen más y trasnochen menos, nos parece plausible la idea.

El Estado debe velar por sus contribuyentes. Para algo pagan. Pero pudiera suceder que el señor ministro de la Gobernación haya alcanzado con unos prismáticos, desde un balcón de la casa que preside, las diversas esferas de relojes que cierto industrial, establecido en la esquina de Carmen con Sol, tiene expuestas como anuncio a unos metros del suelo.

Vende relojes. Los de bolsillo se exponen en varios escaparates a ras del pavimento. Los de repetición, de péndulo, de música, junto con artísticas clepsidras y relojes de arena, se pueden ver desperdigados por la tienda. Los de pared, han encontrado un hueco a propósito en el citado frontis. El hombre tiene varias marcas de relojes de pared. «París», «Buenos Aires», «Méjico», «Calcuta», «Yurquestán»... Son marcas que llevan el nombre de pueblos de alguna importancia. Esto acaso ha sido causa de una lamentable equivocación.

El señor ministro sabe que algunos pueblos que llevan la marca de esos relojes van a la cabeza de la civilización.

Al efecto, en París está demostrado que los novios se besan en plena rua sin que nadie se escandalice. En Calcuta, cada habitante posee un palacio; es la ciudad de

los palacios, dice un diccionario. Buenos Aires no deja de ofrecer sus tentaciones.

Recuérdese la época no lejana de cuando todas las grisetitas de Madrid y todos los ultramarineros sentimentales nos amenazaban con alejarse de la patria en estos términos: «A Buenos Aires me voy...» Se fueron, afortunadamente, muchos.

Pues bien: el señor ministro sabe que la hora—así como la cara del alma—es el espejo de los pueblos. París, Méjico, Calcuta..., señalan la hora que se merecen. España va un poco atrasada. Es tópico, y ningún trabajo cuesta repetirlo. Este atraso tiene diversos orígenes. Se come mucho cocido; hay toreras disfrazadas de tore-

ros; no suele darse importancia a los poetas... Todo lo cual es difícil de atajar. Seguiremos siendo unos indígenas que no asoman su nariz más allá de la frontera. Pero quedaba el consuelo—acertada cuan sencilla medida—de anticipar una hora todos los relojes. Por si el señor ministro ha cogido la idea en ese momento de asomarse con unos prismáticos al balcón, le ponemos en antecedentes... Hay que ir a París, a Buenos Aires, a la patria de Musolini, en fin, y cerciorarse, para entrar en la competencia universal, de la hora que señalan sus relojes. Y no hacer caso de industriales que dan lugar a tan lamentables errores.

Ya hemos anticipado que hasta no saber la causa cierta del nuevo horario, nos lanzábamos a la conjetura. Esta otra. Cada día el Estado se halla más contento. Tiene derecho a la felicidad que depara el deber cumplido.

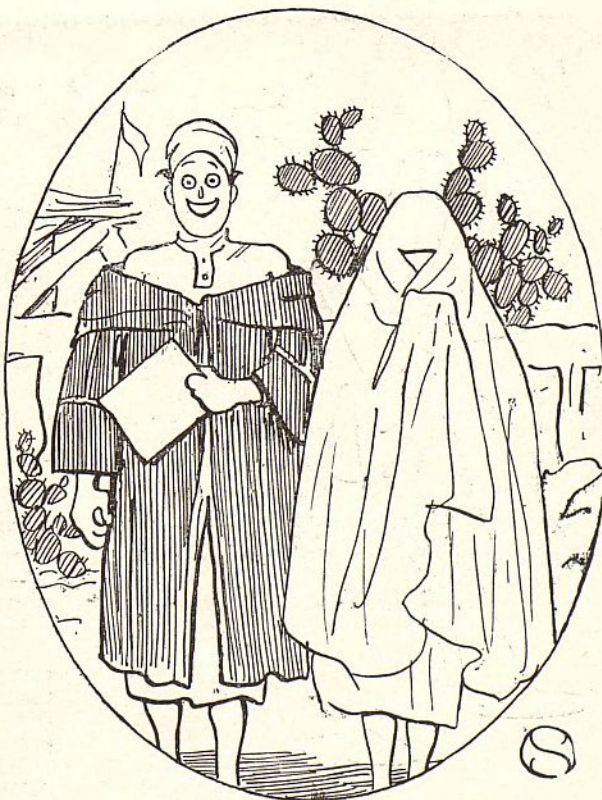
Ha dado una buena batida a los novelistas pornográficos; no se tomó café en las oficinas ministeriales, ni se pierde el tiempo, ni de ellas salen, pues, disfrazadores de charadas y dramaturgos; no se juega a la ruleta; los vehículos marchan a moderna velocidad... Sí, señores, el Estado está contento. Y quiere que los hijos acogidos a su seno hallen ocasión para el chiste. Reír es sano. Engorda y hace la boca más grande. Vean ustedes.

Don Francisco marcha con ligereza. El señor Paco se interpone en su camino con estas palabras:

—Hombre, ¿adónde va usted con tanta prisa?

—No me entretenga. Voy a la oficina. Ando un tanto desconcertado. No sé la hora que es.

—¿Eso es todo? —repite el señor Paco, hombre servicial y previsor—. ¿Qué hora necesita, la solar o la oficial? Llevo de las dos...



Dib. SILENO.—Madrid.

LORENZO RODERO

UN VERDADERO AMIGO

EL LECTOR.—Crea usted, señor, en el mundo no hay nada mejor que un verdadero amigo.

Yo.—¡Hombre! Nada, nada... Le diré a usted...

EL LECTOR.—No admito réplicas. ¡Ay! ¡Qué feliz el hombre que tiene un amigo!

Yo.—Si no es más que eso, yo le cedo media docena de los míos.

Verdaderamente yo no tengo la culpa de que entre mis amigos haya varios idiotas. Es más: de vez en cuando, procuro enriquecer mi colección de idiotas amigos con nuevos ejemplares, porque los idiotas son tan necesarios

como los directores de compañías teatrales.

Uno de estos amigos, quizá el más idiota de todos, me dijo una tarde:

—Puede usted decir que yo soy un verdadero amigo suyo: ¡un verdadero amigo!

Y recalcó la frase como si realmente se tratara de una confesión trascendental para la buena marcha de los negocios internacionales.

—¿Decía usted?—le pregunté yo, que, como de costumbre, no atendía a lo que venía hablándome.

—Decía—repitió aquel individuo—

que puede usted considerarme como un verdadero amigo.

—¿Cuántas pesetas le hacen falta?—interrogué con visible escepticismo.

—¡Oh! No se trata de que necesite dinero—rezongó mi amigo—. Además, aunque lo necesitase, jamás me lanzaría a pedirlo. Soy lo suficientemente digno para no proceder de tal manera.

Esto acabó de convencerme de que mi amigo era el más idiota de todos. Por su parte, él añadió lo siguiente:

—Pronto se convencerá usted de que ni uno sólo de sus amigos se puede equiparar a mí...

Y, sin duda, para demostrarlo, fué por lo que el citado ciudadano se convirtió en algo parecido a mi sombra. A la hora de comer, lo hallaba esperándome en casa; a la hora de almorzar, lo encontraba también en el despacho; y lo encontraba en el café que me servía de refugio en las horas de memez espiritual, y lo encontraba en la calle, y en las redacciones de los periódicos, y en los teatros, y hasta en esos lugares—todo alegría y frivolidad—que reciben el nombre de Casas de Préstamos y que yo visito de vez en cuando, por nada, ¿saben ustedes?, sino *para estudiar tipos*, como los escritores que dicen que son geniales. Encontraba a aquel individuo en todos lados; estaba, como Dios, en todas partes. Y digo que estaba en todas partes, como Dios, porque en todas partes se hallaba muy a gusto.

Realmente yo no sabía ya qué hacer. Soy paciente y tranquilo por herencia materna, y por ello había llegado hasta allí, pero reconocía que me iba a ser imposible seguir adelante.

Entonces entré en el terreno de las indirectas. Observaba, por ejemplo, que mi amigo llevaba una corbata a rayas, y, de pronto, me dejaba caer con esta tontería de frase:

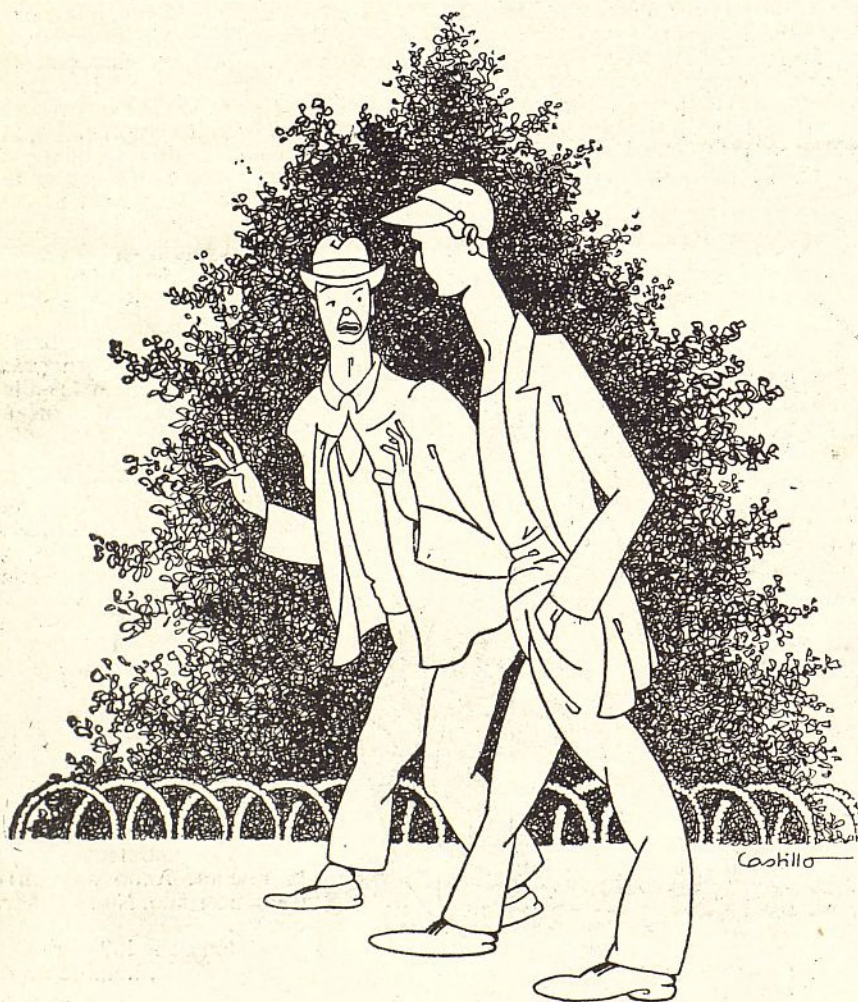
—¿No es verdad, amigo Romaguera, que todos los hombres que llevan corbatas a rayas son imbéciles?

Romaguera sonreía con una sonrisa que invitaba al asesinato con descuartizamiento, y murmuraba:

—¡Qué salida! ¡Cómo se conoce que es usted humorista!

Y seguía desarrollándome por medio de la palabra una de las tonterías que era maestro en imaginar, o contándome episodios de su vida que yo oía con el interés con que oigo los pregones de los toalleros.

Más tarde, y en vista de que no me dejaba en paz, inventé la farsa de que tenía que hacer muchas visitas, y recorrería la urbe de punta a punta con la esperanza secreta de cansarle. Pero Romaguera, que era más alto que yo



Dib. CASTILLO.—Madrid.

—Yo te prestaría los cinco duros, pero... ¿Y si te mueres mañana?

—¡Hombre! Tú ya sabes que aunque pobre, soy honrado.

—para ser más alto que yo le basta a un hombre de veinticinco años con haber crecido un centímetro anual—me seguía perfectamente y hasta me dejaba atrás con frecuencia, de manera que pronto tuve que elegir entre renunciar a mis visitas o agarrar una tisis, pero, a poder ser una tisis galopante, de esas que le desdibujan a uno en el horizonte. Opté por lo primero, y continué sufriendo a Romaguera.

Fué entonces cuando ideé no hablar nada. Romaguera me acompañaba a todos lados, me comunicaba cien cosas distintas, y en horas enteras, no lograba arrancar de mí más que frases de la elocuencia de éstas: «Sí». «No». «Bueno». «Hace frío». «Hace calor». «Cómprase un sombrero Brave». «Para suicidarse nada mejor que un autobús», etc., etc. Pero Romaguera achacaba aquel laconismo a tristeza, y emprendió con mayor furia la labor de distraerme y de no dejarme sólo.

Vino la época de llevarle la contraria en todo, recurso que creí infalible para que se enfadase por fin.

—Ayer estuve leyendo a lord Byron. ¡Qué gran talento, lord Byron!—decía él.

—Lord Byron fué un cursi—replicaba yo tajante.

—¿Un cursi?

—Más cursi que una pianola.

Otra vez era una opinión sobre las mujeres.

—Me encantan las rubias, de un rubio tenue...—murmuraba poniendo los ojos en blanco.

—Las mujeres de rubio tenue consiguen ese color a fuerza de manzanilla—explicaba yo con espantoso desdén.

—Estoy muy enamorado de mi novia—decía Romaguera una tarde.

—No lo crea usted—replicaba yo—. Usted no la quiere.

—¡Diablos! ¿Por qué?

—Porque si usted la quisiera bien no toleraría que tuviese relaciones con usted; la buscaría un hombre de talento.

Y Romaguera no se enfadaba. Romaguera seguía yéndome a buscar, acompañándome a todas partes, privándome de la soledad, que es una de mis delicias.

Yo empezaba a enfermar; mis pobres nervios no podían resistir más. Perdí el apetito; comencé a ver luces al cerrar los ojos; mi pulso se hizo arrí-

mico; llegué a elogiar los libros de algunos compañeros; en una palabra, mi razón se desquiciaba hacia el caos.

¿Cómo librarme de aquel hombre? ¿Cómo hacer para que me dejase?

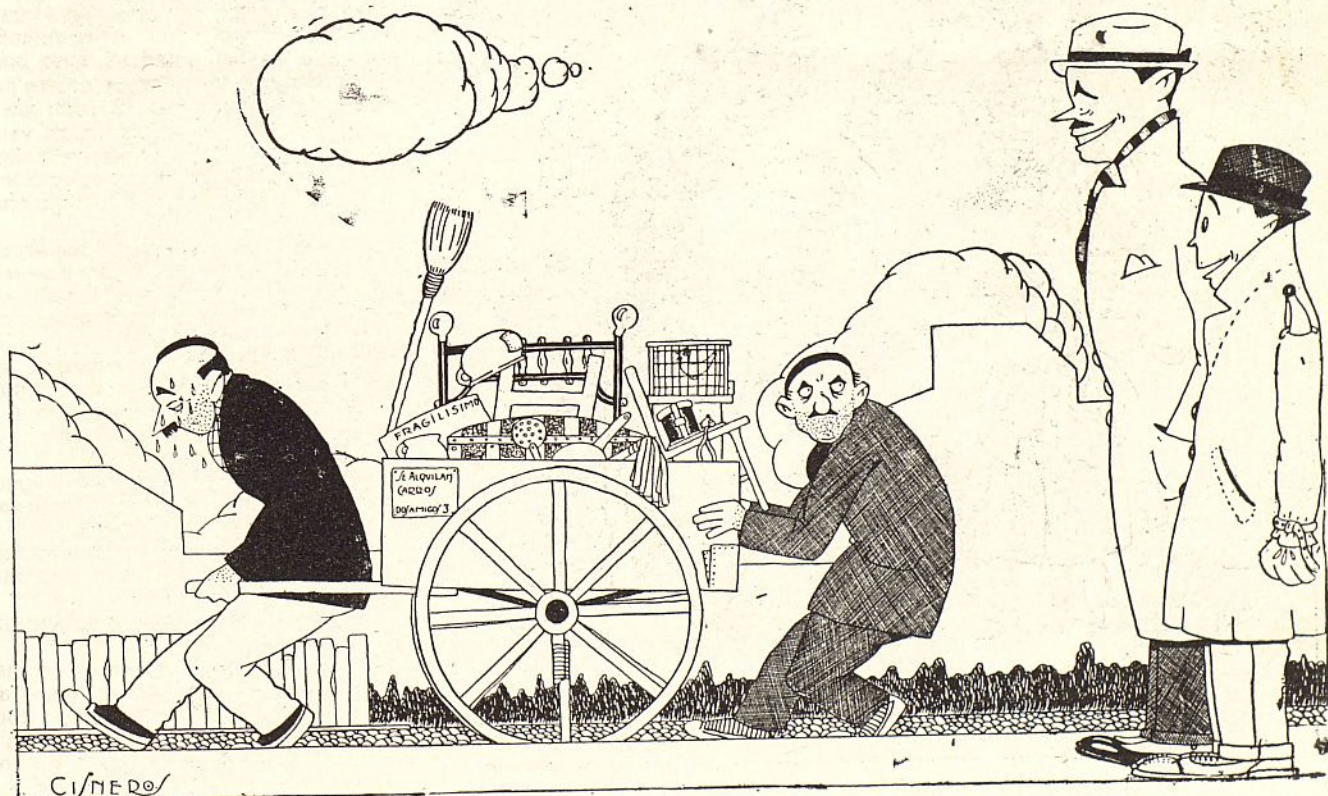
Y una mañana, cuando mis esperanzas se desvanecían, hallé la solución.

Y empecé a hacer lo que Romaguera había hecho conmigo. Le fui a buscar, le acompañé a todas partes, le hablé de todo lo que él me hablara, le seguí a sus visitas, a sus diversiones, me pegué a él en sus horas de trabajo y en sus momentos de *toilette*. Fué maravilloso. A los ocho días de no dejarle más que para dormir y comer, una mañana me negaron que estuviese en su casa.

Bajé las escaleras, me situé en la acera de enfrente y no tardé en verle salir mirando a su alrededor con recelo, temiendo toparse conmigo.

Echó calle abajo rápidamente. Y yo quedé frotándome las manos en una postura muy parecida a la de Pilatos, aquel romano de ingrata memoria que, para una vez que se lavó las manos, sin jabón siquiera, se hizo célebre.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—Qué mal rato debe ir pasando el que tira.
—Como que el de atrás va cogido al carrillo.

EL 2 DE MAYO

¿Conservais en la memoria
cómo nos contó la Historia
que, de la victoria en pos,
iba el ínclito Viriato,
que orgulloso y que insensato,
se tenía por un dios?

...

¿Recordais lo postinero
que iba cierto gran torero
por las calles de Madrid
tras de hacer una faena
estupendamente buena
con un toro de Adalid?

...

¿No sabéis lo vanidoso
que después de un hecho honroso
se mostraba Napoleón,
ni sabéis lo satisfecho
que hoy comparte el casto lecho
de una hurf cierto barón?

...

¿Recordáis en cierto baile
lo orgulloso que iba un «fraile»
conduciendo al ambigú
a una bella «colombina»,
por más que era tan ladina
como el propio Belcebú?

...

¿Os fijais en lo orgulloso
que va andando el ya famoso
y estupendo aviador,
que es doquier agasajado
por el vuelo en que ha probado
su pericia y su valor?

...

¿Olvidásteis cuál ufano
hacia el golfo mejicano
fué el glorioso Hernán Cortés?
¿No ignorais (porque es notorio)
la alegría de Tenorio
conquistando a doña Inés?

...

Pues más terne y más airoso,
más contento y más marchoso
puede verse a don Marcial
este día solamente;
porque el hombre es un ferviente
miliciano nacional.

...

Al llegar el dos de Mayo,
tan ligero como un rayo
lánzase a la formación,
donde me produce asombro
ver que, a más del arma al hombro,
lleva tieso su pompón.

...

Siga, siga el veterano
con las armas en la mano
complacido en *recordar*...
¡mientras más de un pollo «pera»
necesita de niñera
que le saque a pasear!

JUAN PEREZ ZUÑIGA



EN EL MANICOMIO

Dib. GALINDO.—Madrid.

- Ese pobre hombre era peluquero...
- ¿Y por qué se volvió loco?
- Porque le dijeron que tenía que cortar el pelo a Valle Inclán.



EL CAMPEÓN CONCIENZUDO Y GALANTE

CUENTO LEVEMENTE EXTRANJERO

El atleta Fritz Blumtpan, el famoso vencedor del match internacional de Budapest, y primer premio del concurso europeo de Praga, y ganador del campeonato grecorromano del cinturón de Baden-Baden, acaba de entrar en su *camerino* del Folies-Hindenburg; el célebre music hall de Francfort.

En espera de su número, Fritz Blumtpan se entretiene levantando enormes pesas. Acaba de lanzar al aire una de veinticinco kilos, cuando se abre la puerta bruscamente y asoma la cabeza del director y en seguida el director completo.

—¡Caray! ¡Si me descuido, me aplasta usted el cráneo con la pesa!

—¡No se hubiera perdido mucho!... ¡Y a mí no me hubiese pesado lo más mínimo!

—¡Qué cosas tiene usted! ¡Jé, jé!... Vengo a presentarle un joven que desea hacerle una proposición... ¡Pase usted, caballero, que Fritz Blumtpan consiente en recibirle!...

Entra el joven tímidamente y el director se marcha.

—Bueno, ¿y usted qué es lo que quiere?—pregunta el desmesurado atleta con voz de trueno de los más gordos.

—Usted dispense... Es un favor especial... Si usted me promete no incomodarse...

—¿Es que viene usted a decirme alguna barbaridad?...

—Nada de eso, *mein herr*... Es simplemente una proposición... Lo decía porque ignoro su carácter...

Y el joven lanza una mirada de espanto a las pesas que han rodado por el suelo.

—Estoy dispuesto a oírlo todo.

—Pues bien... Yo quisiera luchar con usted esta noche a la vista del público...

—¿Usted?... ¿Con esa facha?...

—Sí, señor, yo. ¡Y vencerle a usted además!...

—¡Qué bestialidad!... ¡Usted no sabe lo que se dice!...

—Es que usted no me comprende... Quiero decir que se deje usted vencer voluntariamente...

Fritz Blumtpan se levanta hecho una furia (porque se había sentado) y el joven corre a refugiarse en un rincón.

—¿Hacer yo eso?... ¿Yo, que he vencido en el match internacional de Budapest, en el concurso europeo de Praga y en el campeonato de Baden-Baden?... ¡Jamás!...

—Perdone usted... Yo no trataba de ofenderle... Creía que no le había de disgustar ganarse por ese medio mil quinientos marcos oro...

—¿Qué dice usted?

—Quince veces cien marcos auríferos, si le es preferible.

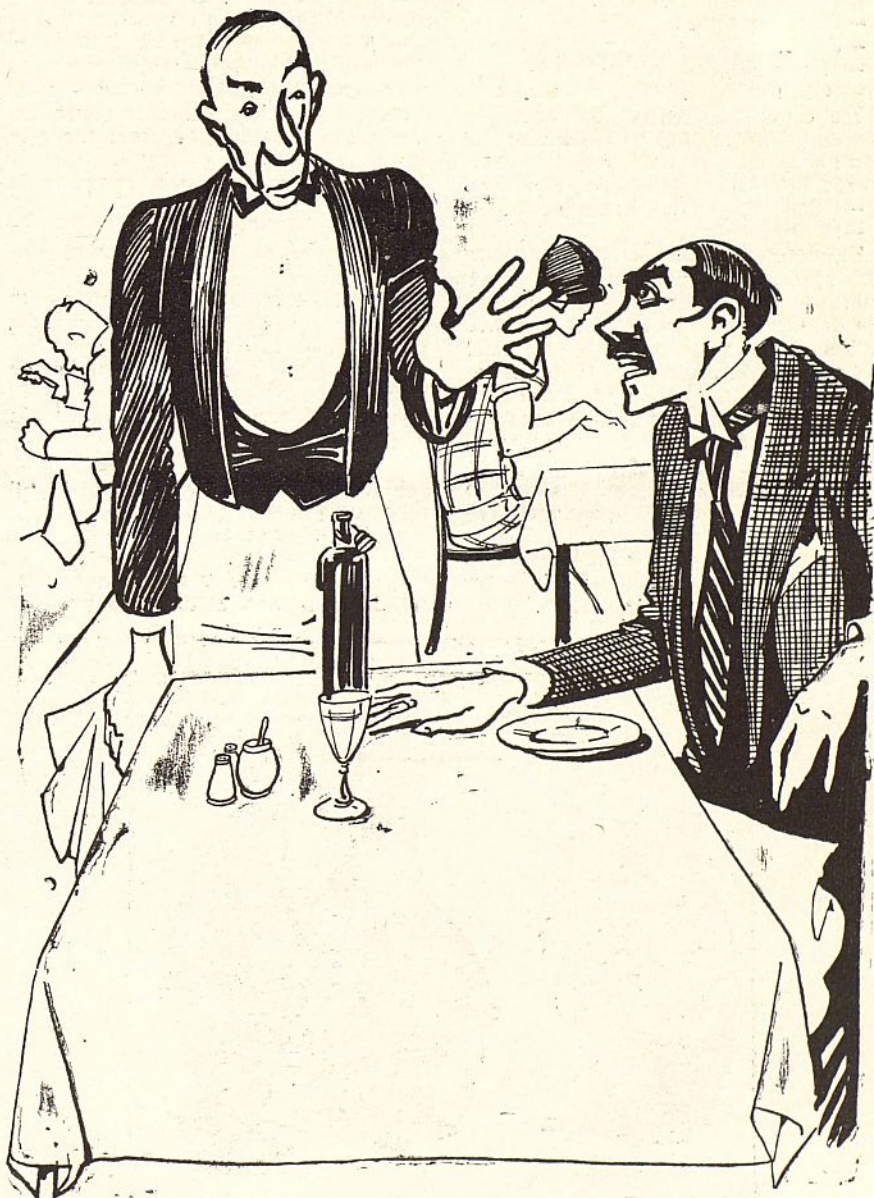
Blumtpan cambia de gesto.

—Jovencito, dispéñeme la grosería... Eso ya es otra cosa...

—¿Luego usted consiente?

—Explíquese bien.

—Yo adoro a una mujer, y esa mujer es para mí más ingrata de lo conveniente. Toda su admiración la guarda para los hombres forzudos. Un amante hercúleo la volvería loca. Está



Dib. CUESTA. — París.

—¡Mozo; un plato de habas cocidas!

—No tenemos eso, caballero.

—¿Cómo? ¿pues no dicen que en todas partes cuecen habas?

en el público, y, si usted se presta a mi deseo, me consta que me otorgará su agradabilísimo y sabroso amor...

—Bien, ¿pero y mi reputación?...

—Aumentemos cien marcos más.

—¿Y mi título de vencedor en Budapest?

—Cien marcos más.

—¿Y el otro título de Praga?

—Añadiremos otros cien marcos.

—¿Y el cinturón de Baden-Baden?

—Por el cinturón no doy más que ocho cincuenta.

—¿Y mis medallas?

—¡Vaya! ¡Hago el último sacrificio y llego a los dos mil marcos!

—Pagados antes.

—Eso...

—¿Duda usted de mi palabra?

—¡Oh, no, no!... Tome usted...

Y el esperanzado joven se sacude la mosca, respondiéndole Fritz Blumtpan con un apretón de manos que le hace lanzar un alarido catastrófico de dolor.

—Quedamos en que hasta luego.

—Hasta luego.

El neófito luchador se aleja, radiante de alegría... Blumtpan se queda en su cuarto haciendo flexiones con una barra de hierro que pesa un quintal... A los pocos minutos el director del Folies-Hindenburg vuelve a presentarse conduciendo a un señor de cincuenta años que recibe un golpe con la barra antes de que el director pregunte si le recibe Fritz... Este se disculpa como puede del férreo zambombazo atizado al visitante, y el director pronuncia estas leves palabras:

—Este caballero pretende hablar con usted de un asunto importante y secreto, por cuya razón yo me retiro.

—Usted dirá— contesta Blumtpan, sonriendo al individuo que, a su vez, mira la barra con escama submarina.

—Caballero— comienza el visitante—... He podido observar hace un momento que ha recibido usted a un joven, el cual, según me consta, le propuso vencerle ante el público.

—¿Quién se lo ha dicho a usted?... ¡Ah, vamos, ya caigo! Usted será su padre...

—¡No, señor; no! ¡No tengo edad para eso!... El tal joven es rival mío... Hay una mujer que duda entre los dos y esta es la causa...

—¡Comprendido! ¡Usted quiere también luchar conmigo y vencerme!

—¡No sea usted bruto, Blumtpan! ¡Yo soy diputado y amigo íntimo de Stressemann y no puedo ponerme en ridículo!... Quisiera saber lo que el joven le ha ofrecido por prestarse a la farsa...

—Dos mil marcos oro, pagados de antemano.

—Perfectamente. Pues yo le ofrezco otros dos mil si no se deja usted vencer por él.

Fritz Blumtpan duda un momento ante esta proposición tan inesperada, pero pasado el momento ya no duda.

—El caso es que le dí mi palabra de honor.

—¿Puede arreglarse ese escrúpulo con quinientos marcos más?

—¡Me voy a comprometer!

—¿Se evitaría el compromiso con otros quinientos?

—¿Pagados antes?

—Ahora mismo.

Blumtpan recibe la exorbitante cantidad, acompaña al donante hasta la

puerta y le atiza un abrazo de gratitud que le perjudica más que el golpazo de la barra.

Una hora después, el joven, en traje de faena, sale al público acompañado de Blumtpan. El señor de edad, que ocupa una butaca, se sonríe mefistofélicamente... El atleta duda frente al joven como si le remordiese la conciencia; y mientras tanto, el joven incauto, seguro de su comprada victoria se pavonea orgullosamente mirando hacia el palco donde está la mujer anhelada, una socia de ojos ardientes y carnes frescas y saladas que se dispone a presenciar la lucha...

Blumtpan, siguiendo las miradas del enamorado, tiene también el gusto de ver a la dama del palco y medita breves momentos de esta manera:

—(¡Deliciosa sujetal! ¡Se lo merece todo!)

Los dos adversarios, siguiendo la correcta costumbre de los luchadores de lucha libre, se saludan antes de sacudirse.

Inmediatamente se ponen en guardia.

Y antes de que lo evite la santísima Virgen, Blumtpan propina al joven un estentoreo puñetazo que le hace rodar dos metros y medio más allá.

El público aplaude mientras el joven se levanta, furioso, vociferando:

—¡Esto no es lo convenido, déjese usted vencer!

Y se lanza sobre Fritz, ya enfadado de verdad, pero éste le vuelve a atizar con tal perfección e idoneidad que el jovencito no puede volver a levantarse hasta treinta y seis horas después.

Las ovaciones a Blumtpan son estruendosas, y muy particularmente de parte del señor de los cincuenta años y de la joven del palco que dirige al atleta una mirada penetrante de admiración, de esas que sólo saben dirigir las alegres chicas de Berlín...

A la salida del bárbaro espectáculo, el señor de edad se acerca en el vestíbulo a la joven guapa y quiere acompañarla hasta el Studebaker, seguro de que su rival no ha de presentarse.

Pero en aquel momento aparece Fritz Blumtpan cortándole el paso.

—¿Qué desea usted?... ¿Algo más de los tres mil marcos?

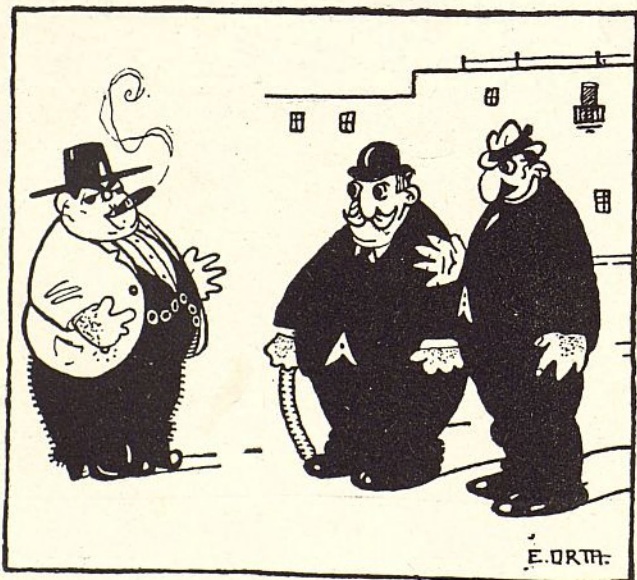
—Lo que quiero es que se quite usted de mi vista, ¡pero cómo, que ahora mismo!...

—¿Irme yo?

—¡Naturalmente! ¡No me dá la gana de consentir que moleste usted a esta señorita con pretensiones ridículas!... ¡Los ancianos a la cama! ¡¡Largo!!...

Y ante el estúpido asombro del pobre amigo de Stressemann, el sinvergüenza de Blumtpan ofrece su brazo a la joven que lo acepta inmediatamente...

UNO DEL PÚBLICO.



Dib. ORTA.—Sevilla.

—Don Ramón; usted que sabe tanta historia; díganos algo de Espartero.

—Pues, señores, que lo mató un toro en la plaza de Madrid.

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

ISABEL BARRÓN



Isabelita Barrón, primera actriz de la compañía Alba Bonafé que actúa en el Alkazar, nos ha dado unas líneas escritas y otras dibujadas. Siendo de Isabelita, son, por supuesto, todas admirables, Isabelita es una criatura afortunada que tiene cara de angel y no miente. Todo es en ella de angel menos el cabello: resultaría demasiado empalagoso y cansaría resultando imposible tratándose de quien se trata.

Accedo por compasión y cojo la pluma porque no se diga que soy implacable. Manuel Abril me pidió para BUEN HUMOR unas cuartillas y un dibujo. A mí me aterrorizó aquello.

—¿Escribir yo?—exclamé.

—Pues claro—decía Manuel Abril—. O, ¿qué quiere usted: ¿que escriban todos los autores para usted y no escribir usted nunca para ellos?

—Yo no sé escribir.

—Le llevaré yo la mano... Le pediré la mano a su mamá y escribiremos juntos.

—¡Imposible!... Se va usted a torcer.

—Por favor, Isabelita... Unas líneas nada más... Con lo bien que está usted de líneas, ¿será capaz de no reservar unas cuantas para el periódico?

—¡Caballero!...

—Es favor...

—Haga el favor de dar las gracias a BUEN HUMOR y retirarse inmediatamente.

—Si no me lo dice usted por escrito, no me voy.

—Yo no escribo nada, porque no se me ocurre nada y no quiero hacer el ridículo y que me llamen presumida.

—Y el mono... siquiera deme un mono.

—No sé pintar.

—¿Que no sabe pintar?... ¿Se atreverá usted a decirme que no sabe pintarse?

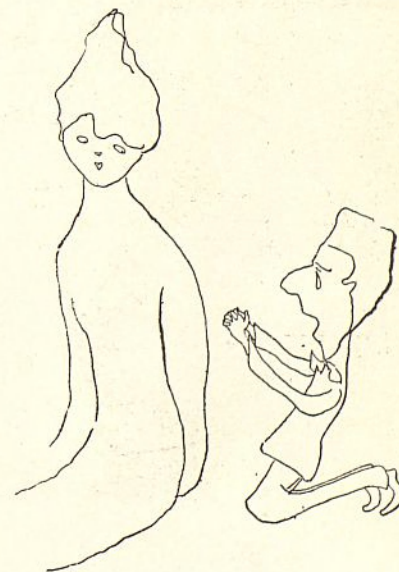
—Pintarme, sí. Pero para pintarme me pinto sola. En el papel no pinto nada.

—Pues lloraré.

Se desconsolaba tanto el Sr. Abril y lloraba tanto el pobre, de rodillas, suplicando; gemía de modo tan lastimero, diciendo: «Pero ¿no comprende usted que si me ven tan afligido me echarán de BUEN HUMOR?», que no tuve más remedio

que acceder y contar, por escrito y en dibujo, todo lo que ocurrió para quedar así libre de responsabilidades.

ISABEL BARRÓN.



EN LA CUMBRE DEL EVEREST

Mi planta ha hollado la cima del Everest.

Quería guardar el secreto de mi ascensión, pero ya me están cargando tantas conferencias, proyecciones, artículos y libros en diferentes idiomas, sobre las tentativas de algunos exploradores de dominar a «La diosa del Pico de las Turquesas»; y hoy, que me ha puesto de mal humor la grosera insistencia de mi casero, que quiere cobrarme siete recibos atrasados, doy a la luz dominical este artículo, para que cesen las esperanzas de quienes aspiran a pisar por vez primera, lo que ya está de sobra conquistado.

Veréis cómo fue:

En diciembre del año pasado partí para el Asia, amablemente invitado por el Gran Lama, a tomar en su compañía las doce uvas de fin de año, y a

contemplar un bonito nacimiento, que por suscripción le habían regalado sus súbditos.

Fueron unos días de completo jolgorio himalayano que me permitieron conocer un ameno surtido de villancicos asiáticos.

Una noche, cuando ya me iba aburriendo aquello, me asaltó la idea. ¿Por qué no escalar la cumbre del pico más alto del mundo?

De mi destreza como alpinista no hay que dudar. Tres veces he subido las escaleras del «Metro» en la Gran Vía, y otras tantas he cruzado sin tropezar la plaza de Colón.

Expuse mi idea; el Gran Lama me dió toda clase de facilidades y unos chanclos en muy buen estado, y cierta madrugada cuando el sol empezaba a dorar la lejana cadena de montañas

partí yo sólo, con un mapa del país, un parabrasis y una caja de mazapán.

Al cabo de dos jornadas llegué al pueblo de Tingri donde únicamente me detuve el tiempo necesario, para que en un salón de peluquería me arreglasen el cabello—que dada la bondad de mi carácter todo el mundo dice que lo tengo de ángel—cosa de la que me arrepentí, pues en vez de cosmético me atizaron tal cantidad de manteca, que si me ve el dueño de las «Leonesas» me pone una tienda.

Continué mi camino; atravesé el maravilloso valle de Kharia, y tras una marcha penosísima, limpié fondos en el puerto de Lhakpa La, escondiendo detrás de un peñasco catorce reales en calderilla que me pesaban demasiado.

Ascendí al Chang La, y luego, por la arista Norte-Nordeste del Everest, comencé la escalofriante ascensión.

Inútil relatar aquí las mil peripecias de mi hazaña: los pasos difíciles, los saltos sobre horribles precipicios, las potentes flexiones—el cuerpo en el vacío—sobre heladas aristas, un alud de nieve que a punto estuvo de aplastarme...

Lo más horrible era el frío y la falta de oxígeno. No llevaba ningún balón. ¡Cómo me acordaba de Zamora... y de sus mantas!

Pero mi voluntad vencía todos los obstáculos. Metro a metro fui escalando la imponente mole; la cima estaba ya a poca distancia; la alegría del próximo triunfo me animaba en la lucha con la naturaleza; un postrer y titánico esfuerzo... ¡y pisé la cumbre irguiéndome orgulloso por encima del mundo!

Miré a mi alrededor... y me quedé más frío de lo que estaba.

A pocos pasos de mí, alzábase una coquetona casita de dos pisos, en cuya fachada, un enorme cartel en letras rojas rezaba:

«La alegría del Tibet»

«Se sirven comidas»

«Helados fresquísimos cogidos a la vista del público del propio glaciar de Rongbuk»

«Gran salón para bodas y bautizos»

«Se admiten propinas»

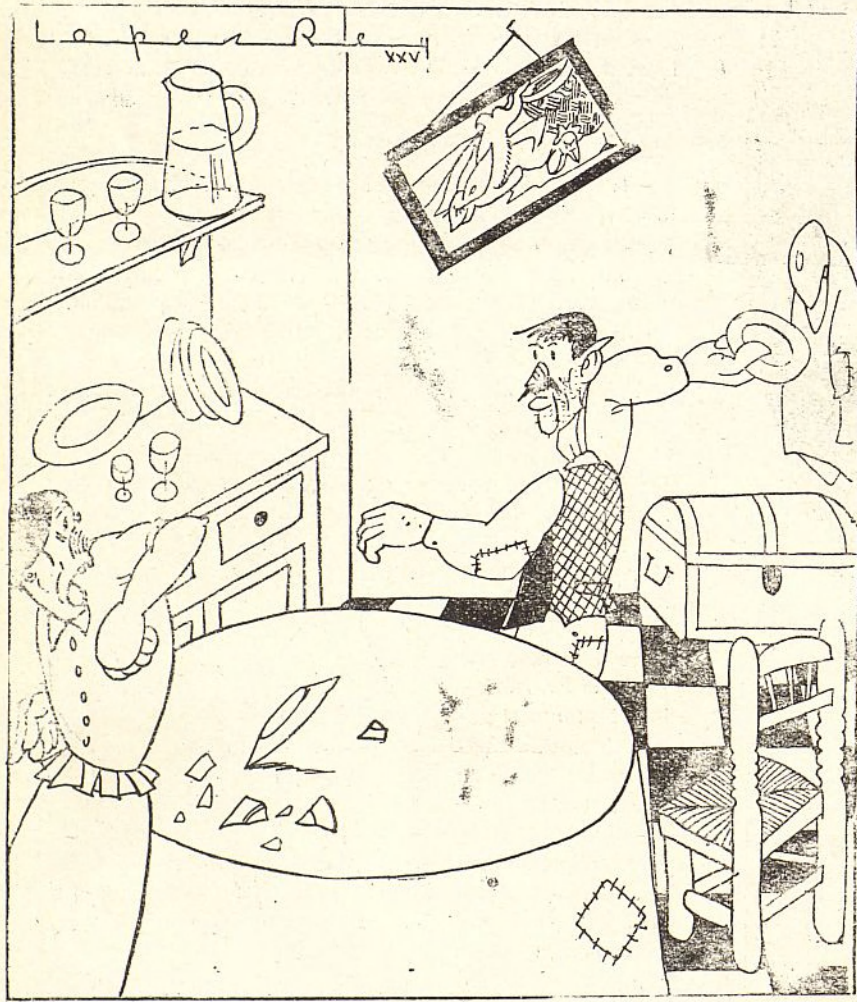
«Hay brasero»

Junto a la puerta ví a un «botones» que me hacía señas para que me acercara; era un negrito vestido de rojo con vivos dorados. que ante mi estupefaciente inmovilidad me gritó:

—Entre usted, señor. Hoy es the de moda y podrá admirar a cuarenta bellas tibetanas y otras tantas nepalesas. El guardarropa es gratis.

No le hice caso, y con la soberana «plancha» sobre mis hombros emprendí el descenso.

JUAN MARTINEZ HIGUERA



Dib. LÓPEZ REY.—Madrid.

—¡Sinvergüenza! ¡Eorrachol! ¿Y eras tú el que me decías que me ibas a adorar?

—Y ¿qué más da. Te iba a contar pero sólo te plinto.

MADRILEÑERÍAS

LA PRIMAVERA EN LA BOCA

Para los espíritus distraídos, la primavera matritense principia a mediados de marzo, época en que las acacias visten sus brazos con cierta conmovedora pelusilla verde. Pero los individuos observadores os asegurarán que la poética estación no comienza sino hacia las tres de la tarde del domingo de resurrección, a lo largo de la calle de Alcalá, y en la serie de bulevares que van desde Rosales hasta el final de Goya. En este día, memorable por tantas razones, cuando la bandera de la patria se despereza gloriosamente sobre la plaza de Toros, hace su aparición el cigarro puro. Miles de españoles se lo clavan en mitad de la boca, y lo lucen en el automóvil o en el tranvía. Es un acontecimiento que solo se registra desde abril en adelante. Todo el mundo va a los toros porque fuma cigarro, o todo el mundo fuma cigarro porque va a los toros.

Aficionado y puro son inseparables. El habitante de la coronada villa viene a reproducir anualmente este tipo mitológico, que, como las sirenas, como los faunos, como los centauros, como las esfinges, consta de dos mitades distintas. Un hombre sin el grueso cigarro en la boca, es un ser del montón, un hombre de todos los días, un comparsa gris, que ama, sufre, calcula, aguanta y languidece. Un individuo con el cigarro dominguero entre los labios, es un ciudadano feliz, que no puede, ni quiere ni debe parecer más que aficionado a la fiesta nacional.

¡Encantador cigarro este de las tardes de primavera! Aparece después de la comida, en un figón, en el «hall» de un gran hotel, en la terraza de una cervicería.

Los estancos, repletos de gente venturosa, despachan aquellos mazos que nadie apetecía en otra estación menos suculenta, cuando la ciudad se removía bajo un bosque de paraguas. Vegetales, chicotes, panelas, tagarninas, se echan a la calle, con arrogancia de conquistadores. El viajero del tranvía solo ve entonces a prójimos fumando puros. Los puros son diversos, pertenecientes a todas las jerarquías, delatores de todas las procedencias. Algunos despiden un suave olor a tabaco. Muchos parecen de verdad, y tienen morena la color, como si hubieran nacido cerca de la Isla de Cuba. Son cigarros joviales nunca vistos; cigarros que solo arden en abril; cigarros petulantillos y simpáticos de corrida de abono...

Van juntos, apretándose carnerilmente. Todos siguen el mismo rumbo. Se atropellan, se apresuran, se enardecen, como si en su atolondramiento

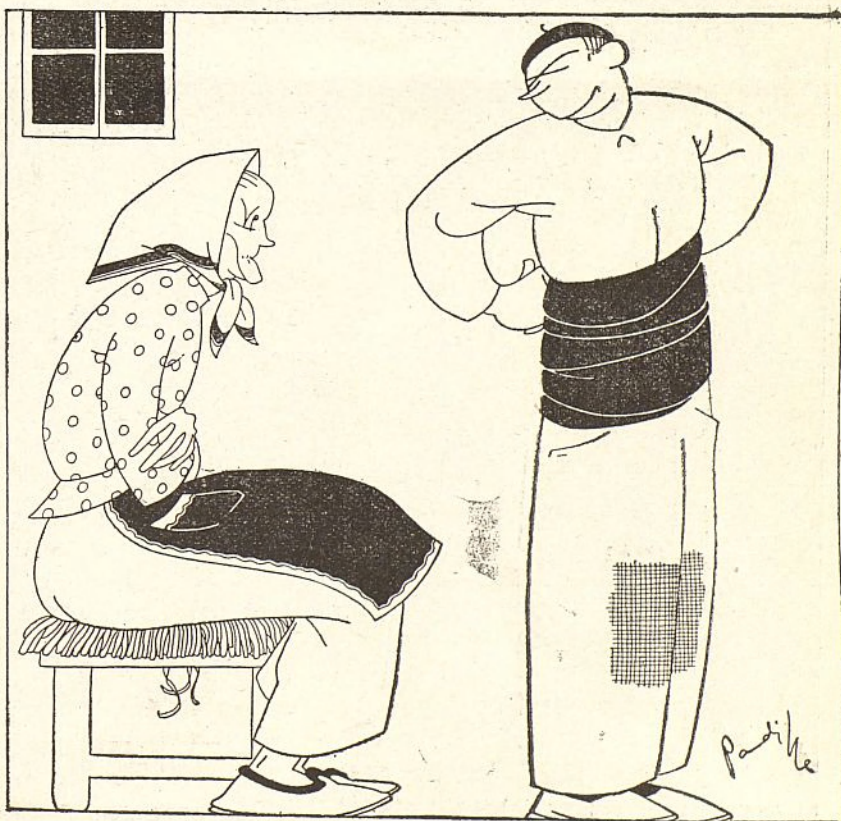
residiera la flor de su destino. Arden al mismo tiempo. Sueñan con el mismo redondel encharcado de luz. Temblarán a la vez, cuando un muñequito dorado saque la barriga delante del toro y le burla con media verónica. Saben que la felicidad es cosa efímera y transitoria, que dura tres horas, a lo sumo, alojada amorosamente en un circo.

Estos cigarros dominicales, —algunas veces triunfan, también, os jueves— cuentan con el concurso del sombrero de paja, del calcetín balcánico, de la corbata procaz, de la onza que se nece sobre una barriga, del pedrusco tallado que relampaguea en un dedo. Pero, no siempre tal concurso favorece con sus dones al «aficionado» castizo. En cambio, el cigarro es imprescindible. Impone su dictadura de protagonista. El, solo, se basta y se sobra. Es la salsa de la tarde, el timbalero de la festividad, el niño mimado de la muchedumbre. Las gentes que se acicalan

para ir a los toros, y las que no tuvieron paciencia suficiente para afeitarse, muerden, chupan, agasajan a su puro, —puro extraordinario— del que después no se acordarán, durante toda la semana. Desde la puerta del Sol a Pardiñas, y desde Argüelles hasta Goya, el pitillo queda expatriado. Y a los toros fumando un cigarro de papei, constituiría, no una distracción sino algo mucho más imperdonable, una irreverencia.

Gocemos del indulgente tiempo primaveral. La primavera matritense dista mucho de ser la estación de las violetas y de las lilas. Es la época, fragante y pestilente a la vez, pero ruidosa, de los cigarros puros. Abril y mayo florecen en la boca del hombre. El poetilla que anhele una lira o una simple bandurria tendrá que ir a buscarla a cualquier estanco.

E. RAMIREZ ANGEL



Dib. PADILLA.—Madrid.

—Tienes que lavarte los pies, Quico; vas a embarcar para América.
—¿Y si luego nos vamos a pique, madre?



CUENTO AMERICANO

Dib SANCHÁ — Madrid.

Un joven matrimonio de Filadelfia, quiso hacer una excursión por el aire y el piloto les impuso

Ayuntamiento de Madrid

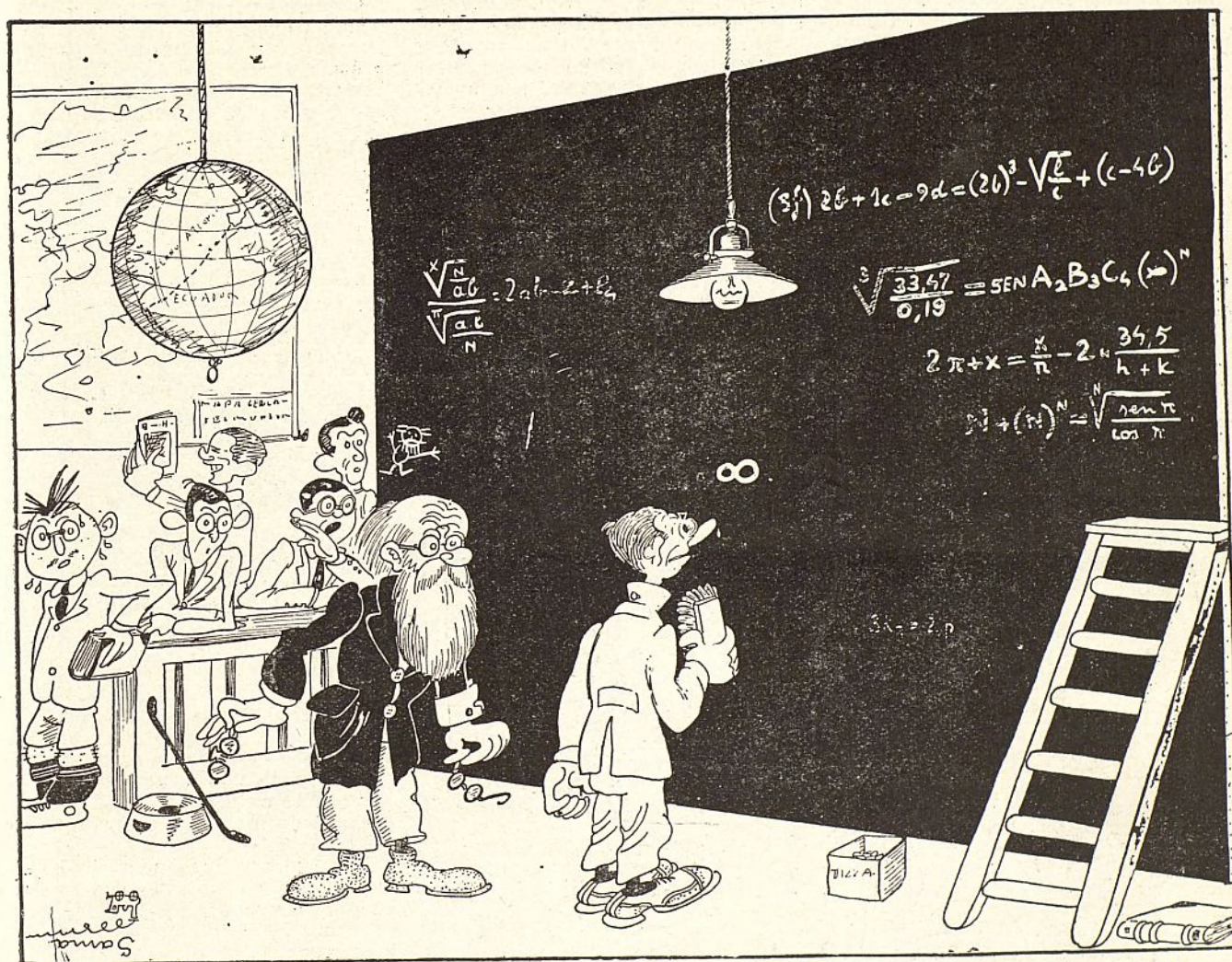
como única condición el que no habían de dirigirle la palabra ninguno de los dos. El piloto evolucionó en el espacio, haciendo toda clase de piruetas y en una de ellas el novio quiso dirigir la palabra al piloto. Este se lo prohibió.

Una vez aterrizado el aparato dijo el novio:

—¿Puedo hablar ahora?

—Sí, señor; diga usted todo lo que quiera.

—Pues quería decirle a usted que en la primera pirueta se cayó mi mujer.....



DID. SAMA.—Madrid.

LECCIÓN DE ÁLGEBRA

—¡Pero, señor López Bago! ¿Aún no sabe usted cómo se representa el infinito? ¿Qué representará ese ocho acostado?

—¡La jornada de ocho horas de trabajo!...

Por doce pesos argentinos pueden nuestros amigos de Hispanoamérica tener un año de

BUEN HUMOR, pidiéndolo a nuestro representante

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR

EL RELOJ FANTÁSTICO

Una vez tuve la fortuna, o la desgracia, de ser felicitado oficialmente por el Ministro del cual dependía y, además, agraciado con el honor de ser llamado ilustrísimo señor en mi vida oficial y por algún que otro amigo guasón, cuando me escribía. Yo creí que la cosa iba a terminar aquí, que no iba a tener mayor transcendencia y que, poco a poco, con el tiempo, se me iría mitigando el sonrojo que siempre experimentaba cuando me daban el tratamiento los ordenanzas de la oficina. Yo lo creí; pero me equivoqué. No sé si fué efusión cordial o ganas de llevar la broma un poco más lejos, el caso fué que mis compañeros de cova-chuela acordaron, previa suscripción entre ellos, regalarme un reloj. El citado reloj no sé si era de oro, y no me pareció correcto el preguntarlo; pero por lo menos lo parecía.

En un principio me alegré; confieso

que me satisfacía sacar con ostentación, cada cinco minutos, y ver la hora que marcaba el reloj. Parecía, con su suave tic-tac, regular acompasadamente los latidos de mi no menos suave corazón. Me pareció que era un símbolo; que aquel reloj, que había sido premio de una honrada vida de funcionario durante veinticinco años, había de conducirme sosegadamente a la jubilación y más tarde, a la tumba, donde habíamos de reposar *per secula*, pues yo había pensado estatuir en mi testamento la proverbial frase «y que nos entierren juntos».

Mas, ¡ay!, a los dos meses de tenerlo empezó a perder la color y a los tres justos de haberme sido regalado se me paró en seco. Lo mecí dulcemente esperando que se recobrase; pero fué inútil, ni recobró su rítmico andar ni la color. Yo empecé a perder la mña: era indudable que mis compañeros habían

obrado con alevosía, premeditación y abuso de confianza al regalarme el reloj. Una cosa me tranquilizaba, no obstante; el reloj pesaba bastante, lo que alejaba de mí la idea de que pudiera ser de hoja de lata.

Como no estaba cierto de la felonía de mis compañeros lo llevé a un relojero pa a que efectuase las reparaciones que juzgase pertinentes. El relojero examinó detenidamente el reloj, lo sacudió haciéndole *arrancar* ruidos quejumbrosos de batería vieja de cocina y movió tristemente la cabeza con ese gesto tan alarmante de los médicos que no esperan nada o muy poco de un enfermo.

—¿Tiene arreglo?—pregunté angustiadísimo.

El relojero hizo una mueca indefinida. Sin embargo, yo, dando por buena su mueca, insistí.

—Y ¿cuánto me llevará por la reparación?

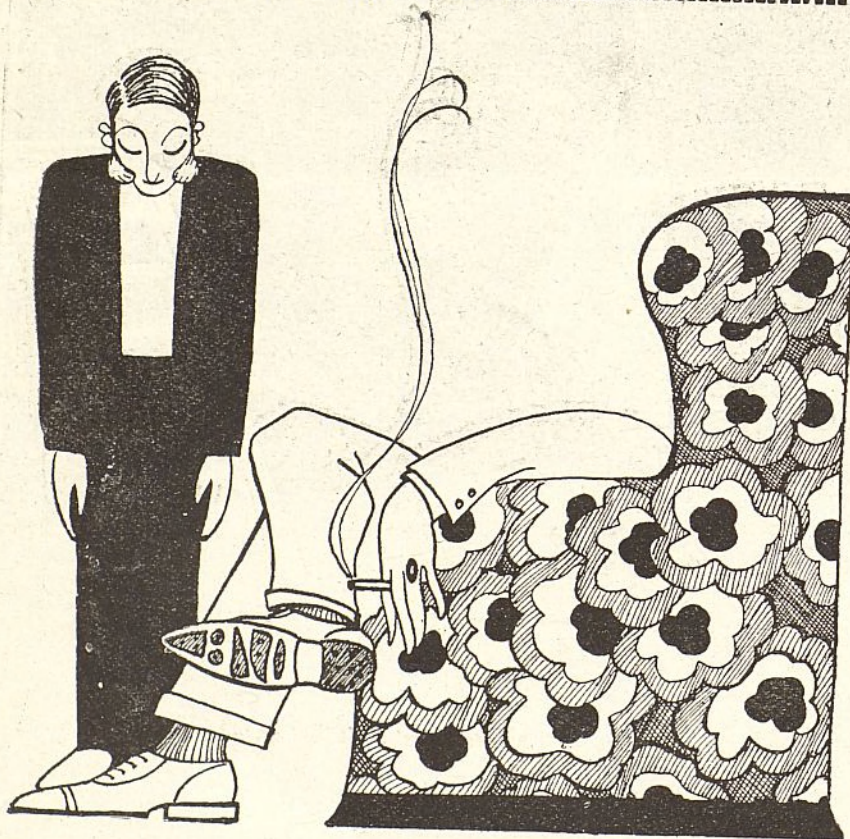
Y al formular mi pregunta temblé. Temblé porque era fatal que me iba a baldar con el precio que pondría a su trabajo; porque, pensaba yo, si el reloj era bueno, la faena esmerada del artista relojero bien había de requerir compensación seria; y si, por el contrario, el reloj era malo y había de cambiarse casi todas sus piezas, no cabía duda que la reparación sería tan costosa como una de honor. Así es que quedé de mármol de Carrara cuando me contestó:

—Déme usted tres pesetas y media.

Y me las hizo dejar por adelantado. Aquello subió de punto mi alarma. ¡Un reloj por cuya reparación delicada me pedían tres pesetas y media y me las hacían dejar de *vanguardia*! Me escamé; confieso que me escamé. ¡Ah! Y, además, no me atreví a preguntar si era de oro.

Al cabo de quince días me lo devolvió el relojero con hastío, como quien ha sufrido mucho trabajando una cosa y ve que ha de ser inútil el trabajo. Efectivamente, el reloj a los cuatro días empezó a renquear como un viejo gotoso; alguna vez se paró como un Ford cansado y estuvo descansando un cuarto de hora. Empecé a cobrarle odio; pero, como mis compañeros, muy serios, me preguntaban con mucho cariño por él, no me atreví a dejarlo en casa. Lo volví a llevar a otro relojero que me llevó dos pesetas y aceptó el encargo con gesto escéptico. Esta vez se me paró a los dos días.

Como alguno de mis compañeros insinuase que el reloj les había costado bastante, me arrepentí de haber dudado de la honradez de mis amigos y de la calidad del reloj. Lo mandé arreglar; pero ya no fui yo a llevarlo a



Dib. JOSEFINA PEÑALVER.

SIBARITISMO

—¿Gerardo!...
—Señor...
—Me parece que he adelgazado. Vete a la farmacia de la esquina a ver cuánto peso.

la relojería. Dí el encargo a mi criada. Aunque no se supo explicar bien, deduje que le habían opuesto algunas dificultades para quedarse con él y valoraron el trabajo en seis reales, indicando que podía pasar a recogerlo cuando le pareciera bien. Aquello me hizo cavilar toda una noche; tardé en mandar por él un mes y cuando la criada fué en su busca fué insultada y no la quisieron cobrar nada. Mi odio hacia el artefacto aquél crecía.

Un día, el mismo compañero que me había dicho que el reloj era de precio, me indicó que adrede no habían grabado mis iniciales por si cualquier día, que era de desear no se presentase nunca, me veía en la necesidad de empeñarlo o venderlo. Agradecí la previsión y renació otra vez la tranquilidad en mi ánimo. El reloj era de oro indudablemente. Pero, quise cerciorarme. Me encaminé a una casa de empeños, aprovechando la oportunidad que el reloj marchaba regularmente. Con decisión puse el reloj en el mostrador y esperé con el alma en un hilo; pero fingiendo serenidad.

—¿De oro?—me preguntó el prestamista, mirándome un poco torvamente.

—Bajo—contesté bañándome en salud por si acaso.

—Baje usted de prisa las escaleras, y cuando tenga usted ganas de hacer una tortilla, échele un huevo encima—me dijo airado devolviéndome el reloj.

Ya no me cabía duda. Al reloj aquel lo habían calificado de patata, y una persona perita. Desde aquel momento no tuve más que una obsesión: la de desprenderme de aquel sonajero, pues otra cosa no parecía. Lo quise vender y me quisieron pegar; intenté regalarlo y me lo rehusaron. Lo entregué a una tómbola para que lo sortearan entre otros premios y me lo devolvieron porque nadie lo quiso. Lo dí a unos muchachos que jugaban en la calle y el padre de uno de ellos me lo entregó diciéndome que no se debía entregar a los niños objetos con los cuales pudiesen herirse, pues resultó que a su hijo le habían abierto una ceja de un golpe que le dieron con él. Intenté arrojarlo al mar, en el puerto, y me lo devolvieron, multándome por estar prohibido echar basuras en los muelles. Resolví enterrarlo y a poco me cuesta unos meses de cárcel, pues fuí acusado de querer ocultar explosivos. Puse un anuncio en los periódicos premiando con mil pesetas al que se quedara con el reloj. Acudió mucha gente a la querencia de las mil *beatas*; pero en cuanto les enseñaba el reloj se marchaban de prisa. Indudablemente el reloj aquel tenía maleficio. Le cogí un miedo cervical. Alguna vez creí ser estrechamente vigilado por la policía.

Al fin, un día, yendo en un tranvía observé que un ratero buscaba las faltriqueras de los pasajeros. Tuve una idea maquiavélica. Haciéndome el ino-

cente me fuí acercando al truhán con objeto de ser víctima de su industria, y lo logré. A poco de ponerme a su vera noté que unos dedos ágiles me registraban los bolsillos del chaleco y me sacaban el reloj. Respiré. No obstante, el pillete, no contento con su presa siguió sus investigaciones y me quitó el monedero de plata con quince pesetas. Pero callé; preferí quedarme sin el dinero con tal de verme libre de mi pesadilla. Mas el ladrón no estaba satisfecho, sin duda, y me quitó la cartera. No me hizo gracia; pero seguí haciéndome el desentendido. Al fin y al cabo me quitaban un peso enorme de encima. En la cartera llevaba doscientas pesetas y documentos de algún interés; pero no me importó. Todo antes de seguir en posesión del reloj maldito. Interiormente me sonreía pensando en el chasco del ratero cuando viese que había adquirido un objeto que le *seguiría* como un perro hasta el fin de sus días.

Antes de que tuviese tiempo de arrepentirse y me devolviese el reloj, en

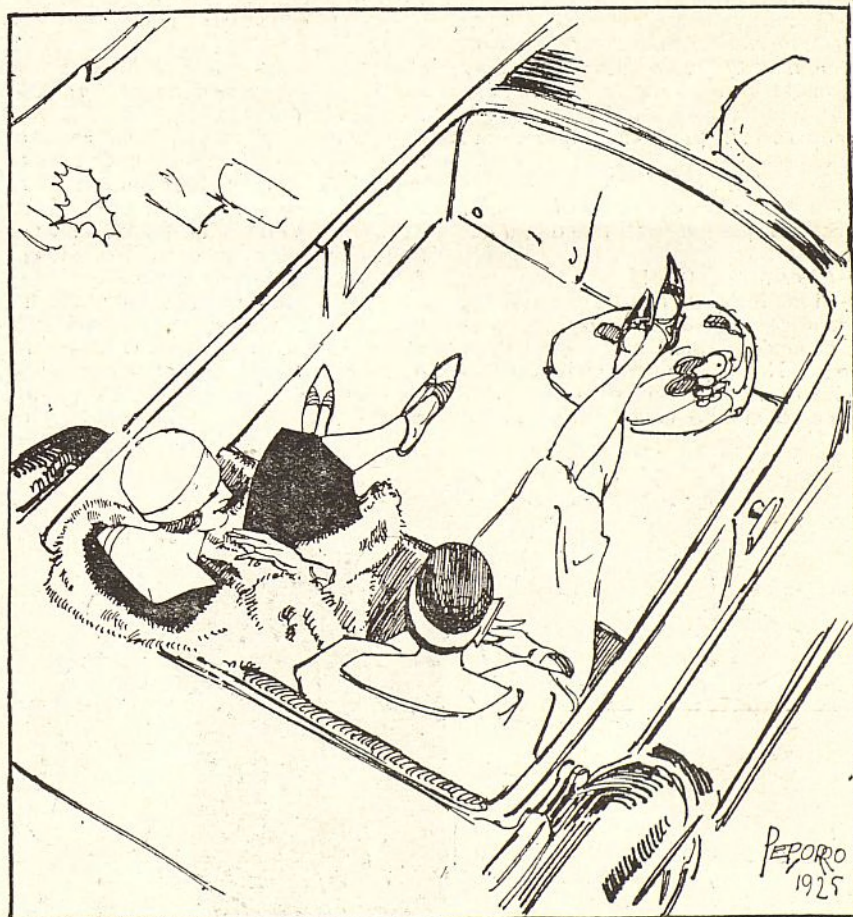
cuanto lo viese, me arrojé del tranvía y entré en mi oficina con una alegría enorme. Todo me pareció aquel día sonrosado, bueno, óptimo. Me dieron el tratamiento varias veces y lo acepté con júbilo, sin notar aquel especial rubor que siempre me invadía al oírme tratar con ceremonia. Trabajé mucho y con ganas aquel día. Concedí tres licencias que se me pidieron; informé favorablemente dos expedientes que dormían sobre mi mesa hacía ocho meses y excité el celo de mis subordinados para que cumpliesen y se esmerasen en su labor.

Cumplida mi tarea habitual, me dirigí a mi casa y para celebrar la liberación me hice subir, de un restaurante vecino, opípara comida.

Subí a mi habitación y encima de la mesa del comedor me encontré... el reloj, acompañado de un papelito que decía: «*Camelos*, no, mi amigo; eso con una chuleta estará exquisito».

Café redondo al suelo.

José ORZA.



Dib. PEPORRO.—Berlín.

—¿Y cómo no te casas con él, si es riquísimo?

—Ya lo sé; ¡pero tiene setenta años!

—¿Es que te parece demasiado viejo?

—Todo lo contrario: ¡demasiado joven!

INTERVIUS RELAMPAGO

CONFESIONES DE UNA "CARABINA"

—Señora...
(Silencio.)
—Señora...
—Caballero: haga el favor de retirarse.
—Señora: dígame usted...
—No puedo, no puedo.
—Solamente unas palabras.
—¡Caballero! Yo soy una persona decente.
—No lo dudo. Pero le juro que no voy a proponerle nada deshonesto...
—Retírese, no insista. Soy viuda, tengo familia, me pueden ver; no me comprometa.
—Escúcheme, señora; yo soy periodista.
—¡No me haga una declaración!
—No tema. Para su tranquilidad sepa usted que no me gusta.
—¡Grosero!
—Que no vamos a entendernos, vaya. (Resolviendo hablar muy de prisa sin dejar resquicio a la réplica.) Soy periodista y ando por las calles buscando una información. La vi a usted, la reconocí: ¡una «carabina»!—me dije...
—¡Caballero, caballero!
—Perdón. Una dama de compañía. Y necesito que me haga usted una declaración...
—(Asustada.) ¡¡Yo!!
—Si me interrumpe no acabaremos. Hermanícese, caramba. Soy un hombre casado y usted me inspira gran respeto. No intento otra cosa que entrevistarla... No; no se alarme. Por nada en el mundo diré su nombre que

permaneceré en el incógnito. Pero no se resista a facilitarme datos curiosos de su profesión...

(Hay una pausa. Luego unas palabras de ella resistiendo aún y unos gestos míos que la deciden a ser habladora.)

—Ande usted... ¡Ay!

—¿Qué le ocurre?

—Me duelen los pies con los zapatos nuevos...

—No se preocupe. Entremos en aquel café.

—Por Dios, yo...

—¡Vamos, caramba; si ya nos conocemos!

—Gracias. ¡Estoy tan cansada! Ocho kilómetros he recorrido esta tarde.

—La compadezco... y la digo: Usted tiene la palabra.

—¿Está calentito el café?

—Sí, sí; pero...

—Mire usted, yo soy huérfana de magistrado y viuda de un capitán de la Remonta.

—(Interrumpiéndola.) ¡No es eso! Dígame cómo se comportan delante de usted esa señorita que acompañaba antes y su novio.

—¡Pchs! Prescinden de mí. Van delante muy cogiditos del brazo, diciéndose algo que casi nunca oigo, y si por casualidad llega a mi oído, me hace retroceder más y ensanchar la distancia que nos separa. Ella es hija de un alto empleado del Ayuntamiento; él, no sé... Salimos de casa a las cuatro y volvemos a las nueve y en

ese tiempo recorremos calles y calles, y yo me caigo de cansancio, ¡y les odio! Cuando llueve, vamos al cine. Ella le da dinero para que compre las entradas y él se guarda la vuelta. Y en el cine, ni un vaso de agua. Así llevo cuatro meses. Voy a ganar el cielo.

—Pero usted, ¿no ha tenido nunca tentaciones de empujar a la parejita al paso de un «taxi»?

—Calle, por Dios. ¿Y los ocho duros de sueldo que me dan?

—¿Hace mucho que «carabinea» usted? Perdóneme el vocablo.

—Tres años. Los dos primeros los pasé en casa de un coronel retirado y viejo que tenía una señora casi joven y tres niñas de diez y seis, catorce y trece años. Muchas veces tenía que acompañar a la mamá, que le gustaba fingirse jovencita y tener novios; y cuando la señora se iba sola de paseo, siempre en taxi, yo salía con las niñas que no hablaban más que de fútbol, tennis y cine. Enfermó la señora, se suspendieron los paseos y no me pagaron el último mes. Luego, tras medio año de cesantía, entré en una casa ejemplar y muy descansada para mí, pues la niña obligaba al novio que fuésemos al cine a diario y siempre a palco. He dormido bien durante esa temporada, porque las noches las paso con jaqueca desde que me quedé viuda, y aquellas tardes, cansada de ver películas, eran mi descanso. Pero la nena me hizo una trastada y me despidieron.

—A ver; cuénteme.

—Aquella señorita sólo tenía un defecto: que todos los domingos sacaba novio nuevo. ¡He conocido tantos muchachos!... Pero una tarde, el diablo inspiró a su mamá ir al mismo cine que nosotros, con una familia amiga y ocupar un palco al lado del nuestro. Los novios al darse cuenta—yo estaba medio dormida—se separaron y en el momento de dar luz precisamente, desperté, hallando junto a mí al jovencito, quien cogía una de mis manos y se la llevaba a los labios. La señora que lo vió, indignóse, y de aquella injusta manera perdí una casa tan buena...

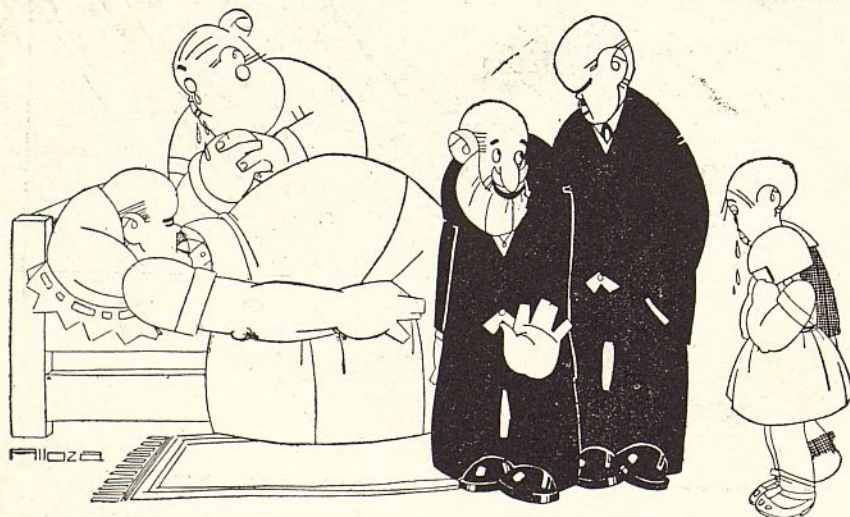
—¿Y ahora?...

—(Levantándose de un salto.) ¡Jesús!

—¿Qué pasa?

—Me voy; ¡qué contratiempo! Por aquella puerta acaba de entrar el papá de la señorita de ahora; me verá; pensará algo malo... Usted perdone. Adiós. Y, rauda, desaparece.
Yo, firmo

EDUARDO M. DEL PORTILLO



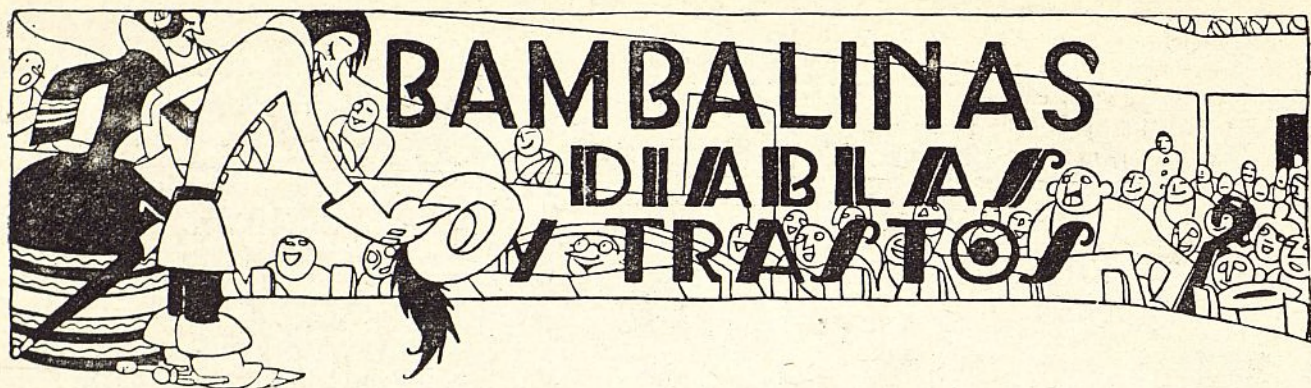
Dib. ALLOZA.—Madrid.

LA DESCONSOLADA ESPOSA.—¡Ay, mi Juan! Acaba de devolver su alma Dios.
EL AMIGO.—Pues es la primera cosa en su vida, que devuelve el pobrecillo.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Ya ve usted señor Damián, aquí estamos, ¡haciendo el paso!



Divulgación, mariposeo, locuacidad, charla o charloteo en torno a Rebla, Pirandello, Fraccaroli, Chesterton y otros,

Faltos de acontecimiento teatral dediquemos al..... ¿cómo traduciremos *bavardage*, señores académicos que han «amarado» en el *mare magnum* del idioma periodístico y andan pescando peces díscolos para enseñarlos a antrar en la red como Dios manda? Si *Speaker* va a significar *locutor* ¿cómo llamaremos al que habla por hablar, enredando la conversación a capricho, cambiante y gustosa de cambiar, como el canario que trina gozoso, brincando y animándose con su propio barullo? ¿Locuacidad? ¿Parloteo? ¿Charla? Más que charla ¿charloteo? Pero, charloteo ¿no parecerá hoy día que proviene, más que de «charla» de «Charlot»? El matiz de esas palabras no acaba de ser satisfactorio, porque ¿no se han fijado ustedes que?...

Si no se han fijado ustedes no se fijen, porque a mí me da lo mismo y no es cosa de que vayamos a cansarnos la cabeza...

Es el ejemplo que nos da Rebla... ¿No saben quién es Rebla? Lo mejor del Circo de Parish. Un excéntrico fleumático... Sale con indolencia, da unos pasos de baile, perezosos, hace juegos malabares con cuatro o cinco pelotitas de goma, lleno de un indiferente «y a mí qué más me da todo esto» y de pronto, en vez de seguir, encoge los hombros, deja caer los brazos y deja que todo se venga al suelo... «¡Qué más da!...» Y es el mejor número del Circo.

No queremos nosotros decir que siguiendo nosotros ese procedimiento seamos el mejor número de BUEN HUMOR. Nosotros queremos decir...

Nosotros no queremos decir nada...

...

Los seis personajes en busca de autor se fueron del cartel. ¿En busca de público quizás?

No se puede uno explicar nunca los fenómenos de la vida. Y Pirandello, no cabe duda, es un fenómeno.

De Chiarel-li,
Bontempel-li,
Pirandel-lo,
Fraccarol-li
(¡santo ciel lo,
cuánta el-le
¡caracol-li!
de Chiarel-li,
Bontempel-li
Pirandel-lo
y Fraccarol-li
sin dejar a Sem-Benel-li,
queda Pirandel-lo
sol li

Se queda solo Pirandello, en efecto, no puede ninguno conseguir un éxito de fenómeno como el que ha conseguido en todo el mundo el célebre Luigi. Pero ¿se queda solo en todos sentidos? ¿No acude la gente, como fuera de desear, cuando anuncian a Pirandello?

Este sí que es el *Problema centrale*, título de una obra, del susodicho Fraccaroli, parodia de ciertos pirandellismos modernos, estrenada hace poco en Italia y ahora en Barcelona, por la Compañía Vergani-Nicodemi, Compañía que no encuentra esta temporada quien se decida a traerla por Madrid, aun estando como quien dice a las puertas. Pues, sí... ¿va o no va con

con gusto la gente a las obras de Pirandello?... Si la gente va al teatro y escucha una obra de Pirandello se está poco menos que sin respirar hasta ver en qué para aquello. Esto es incontable. Pero cuando ve en lo que acaba —o en lo que no acaba— se queda sin ganas de volver. Esto no es incontestable, pero lo aseguran muchos. ¿Es cierto? ¿No es cierto? La gente admira a Pirandello. Conformes. ¿Les gusta Pirandello? Ese es el problema central. Unos dicen que Pirandello es magnífico y que el público es muy bruto. Otros dicen que el público no es bruto y que hace bien en no gustar de Pirandello. Otros dicen que es mentira todo eso: que Pirandello además de ser muy bueno que le gusta mucho a la gente. Que es un autor reconocido y aplaudido y gustado en todo el mundo.

Este último argumento exigiría un billete circular de vuelta al mundo para la comprobación subsiguiente. No hay otro remedio: la comprobación desde casa se hace imposible. A nuestra casa, por ejemplo, llega un amigo, *L'Ami du Lettré*; es un anuario o volumen donde los *courrieristes litteraires* del periodismo francés reúnen anualmente una serie de artículos resumiendo el movimiento artístico del año en novela, historia, filosofía, teatro, etc. Y en el artículo referente al movimiento teatral encontramos unas frases dedicadas a Pirandello. Las siguientes:

«Hemos acabado ya de conocer las ideas de Pirandello —dice Jean Lombard, en el artículo—. La verdad no existe, no hay más que apreciaciones particulares de ella. Aquel que se cree sabio es loco y este otro, al que toman

por loco, es un mixtificador de baja especie. La misma cantinela en *Cada uno su verdad* en *Vestir al desnudo*, y en *Enrique IV*. También en los *Seis personajes* nos había indicado ya Pirandello que no hay nada absoluto y que, por el contrario, todo es relativo. Pero Pirandello nos ha enseñado harto bien a desconfiar de toda teoría para que vayamos ahora a fiarnos de las suyas que nos llevarían pronto a la sequedad y a la pereza del espíritu.

El sabio dijo: «Toda ilusión es fecunda». «El teatro está necesitado, de ilusiones, más que nadie.»

Esto dice el articulista. Pero esto no es lo *central*. Lo central es esto: *El público parisiense ha soportado CADA UNO SU VERDAD; ha bostezado con VESTIR AL DESNUDO y ha dejado vacía la sala con ENRIQUE IV*.

¿Es cierto eso? Si es cierto no coincide con determinadas afirmaciones de otras personas para quienes los únicos torpes están aquí en Madrid, y en París todo el mundo aprecia lo bueno. ¿De cuales fiarse? En la duda no hay más remedio que tomar el tren.

Pero tampoco... No nos queda ni ese recurso... Se nos viene a la mente una idea muy pirandelliana, que nos paraliza la acción. Un empresario francés, Carlos Baret, decía hablando de las obras de teatro: «El autor escribe una obra, los actores representan otra y el público comprende una tercera». Esta idea, perfectamente pirandelliana, centralmente pirandelliana, nos hace desistir del viaje en torno al mundo; porque una vez que hayamos recorrido el mundo entero y hayamos llegado a una conclusión ¿a qué obra aplicaremos la conclusión? A la que escribió Pirandello, a la que hacen los actores, a la que ve el público en general o a la que ve, en particular, cada señor particular que nos habla de la obra?

Más nos vale estarnos quedos.

Cada uno con su verdad: Pirandello tiene razón. ¡Ya lo creo! Como que Pirandello tiene razón siempre. Pero eso es precisamente lo grave del problema. Chesterton —que también estuvo de actualidad en Madrid esta semana, ya que fué nuestro huésped por unos cuantos días, traído para dar una conferencia en la Residencia de Estudiantes, por el comité hispano-inglés—

Chesterton dice en *Ortodoxia* que los locos no pierden la razón: que pierden todo menos la razón. Y en efecto, los locos, como sabemos, lo razonan todo y razonan magníficamente. Es lo que un ingenio español, José Bergamín, ha parafraseado diciendo: «Los locos tienen razón, que les sobra».

La sobra de razón es un exceso como otro cualquiera. Los hombres que tienen razón que les sobra caen en excesos: en locuras. Esto, por lo demás, es lo que nos está demostrando Pirandello a cada instante. El que parece estar loco, no lo está del todo y el que parece no estarlo, está loco perdido. No hay más que empezar a razonar y se prueba todo en seguida.

Aplicado esto al caso del público puede resultar que éste no tiene razón si no llena el teatro cuando representan obras de Pirandello; pero que puede que su sinrazón sea una prueba de que está más cuerdo que nadie.

No sabemos nada.

Pero a Rebla y a mí, en este momento, nos importa eso tres pepinos...

ENTREACTOS

Pedazos de papel... y de cartón.

Ahora que ha estado Chesterton en Madrid, citamos nosotros alguna frase suya para quedar siempre a la altura de la actualidad.

Chesterton es un ilustre camarada que piensa muy en serio las cosas, pero que todo lo dice en broma. Cuando la guerra europea, pusieron los alemanes en circulación por el mundo lo que se llamó «la teoría del pedazo de papel». Los alemanes, según sabemos,

se saltaron a la torera los convenios firmados anteriormente con Bélgica, y cuando les echaron en cara su proce-



Aquí tienen ustedes a Luis Borl y a *Charlot*, todo en una pieza... En una pieza en un acto que se representa en Martín con el título de *Las mujeres de Lacuesta* y con un éxito de taquilla, que no recordamos nada parecido desde el estreno del *Prometeo* de Esquillo.

der y les recordaron que había un pacto firmado por ellos en el que se obligaban a no hacer lo que habían hecho, dijeron que aquello era un pedazo de de papel.

El precedente que con aquello sentaban era terrible: ya desde entonces no podríamos fiarnos de nadie. Los alemanes nos hacían perder la confianza en el honor y en la palabra de los hombres.

Chesterton dijo entonces que con aquello se socavaba, no solamente la confianza en el honor de los hombres, sino incluso la confianza en los billetes de ida y vuelta.

MANUEL ABRIL

Información telegráfica de "Buen Humor"

NOTICIAS DE PROVINCIAS Y DEL EXTRANJERO

Dos inauguraciones. Poitiers, 2.—El pasado jueves se celebraron solemnemente en esta seductora capital dos ceremonias conmovedoras que pusieron de manifiesto el noble corazón y el oculto talento de dos hijos de la misma. Una de ellas fué la inauguración de un hospital para hambrientos incurables, edificado a expensas (aunque mejor hubiese sido a despesas) del ilustre filántropo Jacques Villiers; y la otra ceremonia consistió en la inauguración de un puente para viandantes y caballerías, y también para los que son caballerías y viandantes en una pieza, notable obra de ingeniería del estupendo hombre de ciencia Edouard Butronne. En ambas inauguraciones se pronunciaron discursos elocuentísimos, se arrojaron flores sobre los monumentos y se soltaron centenares de palomas y algunos palominos que no hubo manera de evitar. La nota patética se dió en la inauguración del hospital, pues, como es sabido, el filántropo Jacques Villiers, aunque es riquísimo, es ciego de nacimiento y le produjo hondo dolor no poder ver su obra terminada.

En compensación, al inaugurarse el puente, se desbordó la alegría, sonaron las músicas y divertidos cohetes surcaron el espacio.

El puente tiene seis ojos.

Y ya creemos haber dejado dicho que

el generoso fundador del hospital no tiene ninguno, lo cual explica en parte el disgusto que se chupó al ver (o al figurarse que veía) las injusticias de este perro mundo.

Edificio interesante. Chicago, 2.—Está siendo visitadísima una casa, edificada recientemente en esta población, que ofrece la particularidad de estar construída para que la habiten gigantes de ambos sexos.

Realmente, resultaba infame el que la honorable clase de gigantes tuviera que vivir con estrecheces, aunque ganase más dinero que Vanderbilt, y sólo por esa consideración estimamos meritorio el hecho de acudir a esa urgente necesidad con una construcción tan confortable como la que nos ocupa. La gigantesca casa está amueblada y lista, para las exigencias de los colesales sujetos que han de habitarla. Las sillas son sillones, los armarios de luna son de luna llena, los fogones de las cocinas son verdaderos fogonazos y las camas son camamas, con lo que queremos dar a entender que son más largas que las corrientes.

Pero el detalle más elocuente de este formidable edificio es la instalación del *water-closet*.

En lugar de poner un número 100 sobre la puerta de cada uno de ellos, se ha puesto un número 1000. Y con la advertencia de que, si hay algún gigan

te que necesite un número más alto, no tiene más que pedirlo y será complacido en el acto.

Estas cosas no pueden suceder más que en Chicago.

Fuego a bordo. Pernambuco, 2.—Por radiograma comunica el vapor *Ex Kaiser Guillermo de Ex Alemania* que se le ha declarado un formidable incendio en pleno Océano Atlántico.

Añade que la falta absoluta de agua le impide atajar el siniestro.

Lamentamos que el *ex Kaiser* se haya quemado, aunque no creemos que a estas fechas esté ni la mitad de quemado que está el verdadero *ex Kaiser* desde que se vió en el ineludible compromiso de dejar el trono donde tantos años estuvo ligeramente repantigado.

Robo original. Sevilla, 2.—Anoche penetró en una cacharrería de la calle de Méndez Núñez un audaz ladrón que tuvo la avilantez de cargar con ochenta y cinco copas de cristal de Bohemia, con las cuales salió tranquilamente del establecimiento dirigiéndose a otra cacharrería próxima donde intentaba venderlas.

Afortunadamente, el sereno de la calle le salió al paso y pudo detenerle sin gran esfuerzo.

No nos choca. Entre un hombre con ochenta y cinco copas y un sereno, el sereno lleva las de ganar siempre.

Tenor notable. Tenerife, 2.—Ha debutado, con inmenso éxito, en la Scala de Milán, el joven tenor Ubaldo Galdo, natural de las Palmas de la Gran Canaria y muy celebrado en esta población hermana en diversas actuaciones. Ha sido ovacionado con entusiasmo por el público milanés y referimos el caso por resultar sorprendente que en un teatro extranjero se registre un éxito formidable cantando un canario.

Si no fuera por eso no habríamos dicho nada. Lo que se dice ni pío.

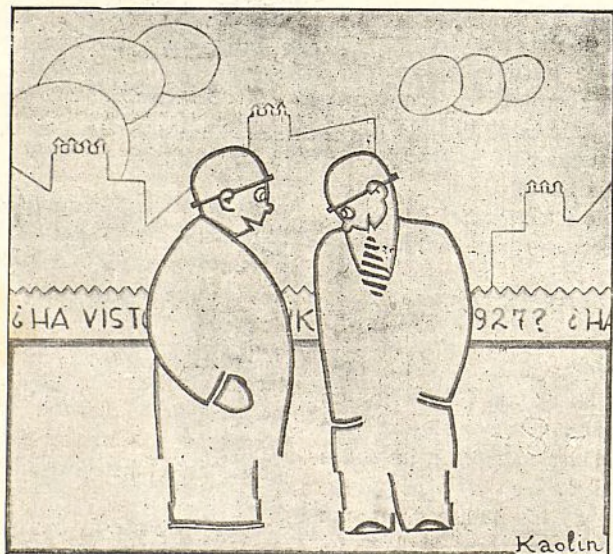
Una desgracia. Bilbao, 2.—Examinando ayer una pistola *star*, el conocido somatenista Luis Garáchaga, tuvo la desgracia de que se le disparase en el momento en que se encontraba frente a él su señora madre política; y antes de que pudiese modificar la dirección del arma, fué la bala a incrustarse en la pared inmediata sin que la dama sufriese el menor daño.

El señor Garáchaga está recibiendo, con este triste motivo, innumerables testimonios de sentimiento y condolencia a los que unimos los nuestros muy sinceros y cariñosos.

¡Otra vez será!

Por la inserción de los telegramas.

ERNESTO POLO



Dib. KAOLIN.—Madrid.

—Sólo encuentro un defecto a su futuro yerno: que no sabe jugar.

—¿Y a eso le llama usted defecto?

—¡Pero es que a pesar de eso se pasa el día jugando!

LA VISITA DE UN ANGEL

CANAS



INVENTO MARAVILLOSO

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia «LA CARMELA»; no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

Venta todas partes, y autor N. López Caro. Santiago, y Sucursal de Barcelona, Caspe, 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pídase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

CASAS REALES 10
SANTIAGO



¡Hola, querida!; vengo a verte para saber si te encuentras mejor.



No debe importarte —mi encantador Tutu es muy afectuoso— ¡pobrecito.



¡Qué uvas mas hermosas!; voy a tomar una o dos.



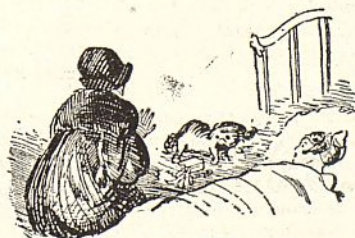
¿No tienes más uvas?; no importa, comeré esta pera.



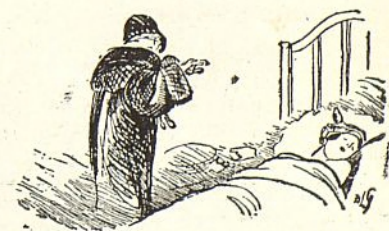
No te importará que yo fume, ¿verdad?



Abro la ventana que se refresque esta habitación. Hace mucho calor.



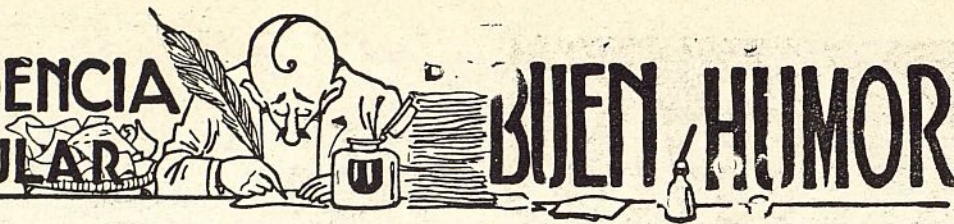
¡Ay! Tutu ha roto el frasco de la medicina, pero no importa, el doctor te enviará otro.



Me alegraré que continúe la mejoría, pero de todos modos volveré mañana.

(The Humorist, Londres).

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

H. G. M. Madrid.—En la estupidez también se puede ser genial e inimitable. Y usted es un verdadero fenómeno, mi querido y plomizo amigo.

L. R. T. Burgos.—En un indisculpable raptó de enajenación mental, hemos admitido para su publicación su exorbitante camelancia hispano-portuguesa.

O. R. S. Madrid.—Su fantasmagórica narración, titulada *Pronto y sin dolor*, ha llegado tarde y con daño. Y en vista del antagonismo repugnante que de esto se deriva, la hemos rechazado furibundamente, es decir, pronto y sin dolor también.

Bleno. Barcelona.

En las cuartillas de Bleno no hemos visto nada bueno.

Ni siquiera la tinta, que se ha corrido de una manera como seguramente no se correrá el susodicho Bleno al ver que ha dado en hueso y que le hemos tenido que negar nuestra valiosa protección.

Zacatecas. Valencia.—El artículo con que usted inmerecidamente nos honra, es muy malo; y no es por ofender sino porque es verdad. Aparte de eso, estimamos como una falta de delicadeza de usted el dedicárselo a su buen amigo Pepe Bosch, por lo cual, y en resumen de cuentas, le diremos a usted lo siguiente:

Nunca escriba usted así, pues con lo que habéis osado imposible lo habéis dejado para Bosch y para mí

A. T. N. Santander.—Ese canto a Grecia merecía ser contestado con otro canto a usted, y en el matemático centro del parietal que nos piliase más cerca.

C. P. N. Burgos.—No se admiten reclamaciones, después de pasado tanto tiempo... ¡Ah! Y tampoco se admiten majaderías en verso aunque no hayan pasado más que dos minutos.



El perfume "Varon Dandy" por varones psicologicos atrae poderosamente a la mujer. Probado es, que la mujer le impone al hombre de sus ilusiones.



PERFUMERIA PARERA Badalona

Díscolo. Madrid.—Sus elogios nos han satisfecho mucho. Su artículo ya no nos ha satisfecho tanto. Y los dibujos que lo ilustran nos han desagradado categóricamente.

Eya. Madrid.—Encantadora Eva: en esta Redacción no se halla el Adán que usted busca. Se lo juramos por nuestra salud. Y si no se convence usted, la permitimos que registre usted la casa y hasta que nos registre usted a nosotros.

A. T. N. Carabanchel.—Sí, señor. En estos últimos envíos se nota efectivamente que ha adelantado usted muchísimo. No habrá nadie que se atreva a negar que es usted más bruto que antes. Y si esto no es adelantar que venga el Altísimo y lo vea.

Cardíaco. Madrid.
¿Chistes sobre Voronoff?...
¡Puáfi... O, si usted quiere, ¡puóffi...

Duguesclín. Valencia.
Son más malos que Caín los versos de Duguesclín.

Simona. Albacete.
Los dos cuentos de Simona ¡ay!, se fueron a Cestona.

C. N. C. Escorial.—No sirve.

T. D. R. Barcelona.
Su artículo *La receta* es una lata completa.

Silverini. Eraudio.
Usted se puso a escribir sin saber lo que se hacía. Lo mandó a esta casa un día y nos puso usted a morir de ver tanta tontería. ¡Cuidado con repetir!!

R. M. R. Madrid.—Tiene usted un porvenir magnífico, dedicándose en los escenarios de *variétés* al original trabajo de imitar animales. Y lo decimos, porque en los tres artículos que nos envía se advierte esa estupenda vocación: el uno es una gansada, el otro es una burrada y el tercero es una cerdería ignominiosa.

Gonzalo. Madrid.
¡Qué malo, pero qué malo es lo que manda Gonzalo!

E. R. T. Valencia.—Su artículo *Llegué, vi y vencí*, llegó, lo vimos y lo hicimos cisco en el acto. ¡Más rápido ni en el expreso de Constantinopla!

Capicúa. Valladolid.—Ana será hermosísima, pero el retrato que usted la ha hecho es de una fealdad que atufa.

Paco. Melilla.
No nos gusta, amable Paco, *La subida del tabaco*. Ni en verso, ni en los estancos, que es de algo más cuidado... Además, es usted el primer Paco que nos ha venido con una subida, cuando la misión de los Pacos es venir con la rebaja. Esto lo sabemos todos, y, usted lo debía saber también.

¿Es que no lo sabía usted?
¡Pues ya lo sabe!

R. B. R. Madrid.—Su soneto *El camafeo*, es camafeísimo.

Carlos. Madrid.—Aunque ha figurado usted en la lista negra de dibujantes rechazados, sepa usted que dos de sus últimos *monos* han sido admitidos para su publicación. ¡Así dá gusto! ¡Una de cal y otra de arena!... ¡Que sea enhorabuena por la de arena!

Mi alma. Madrid.
Mi alma: es una tontería y vas al cesto, alma mía.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, al cual lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—Convéncete hija mía, los hombres prefieren una mujer ignorante a una mujer ilustrada.

—¿Pero tú te figuras que todos los hombres son como papá?

M. Conde.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

VAJILLAS CRISTALERIA

Aparatos para luz eléctrica



SANZ



Gran surtido en artículos para regalos

Espoz y Mina, 40 (esquina a la Plaza del Angel) MADRID

—¿Y estos niños tan travessos?
—Son gemelos.
—Más que gemelos son imperitables.

Luz.

—¿Por qué es tan difícil entrar en el cielo?

—Porque están los justos.

Fernando Serrano Alguacil.

Segovia.

—¿En qué se parece el Palacio al mah-jongg?

—En que tiene escalera real.

Sotam Hacho.—Ceuta.

Humildad cristiana.

En un café y entre dos damas de la cáscara amarga.

—¡Fíjate en aquel individuo de enfrente! ¡Ahí donde lo ves, le llaman el segundo Paganini!

—Sí, pero a nosotras no nos paga nada...

M.^a de la C. P. M. P. T.

El colmo de un afillador:

Vaciar una jarra de agua.

Antonio López García.

Huelva.

—Mira, hija mía, dice el piadosísimo padre Azul que opinaba San Pablo ser bueno el casarse, pero mejor aún no hacerlo.

—Blen, mamá; mas hagamos nosotras lo bueno y dejemos que los santos hagan lo mejor.

Lur Isla.

—¿A una mujer habladora y chismosa, qué marido la conviene?

—Un futbolista, para que se lleve patas con todas las pelotillas que su señora trae de la calle.

Fernando García Lago.

Barcelona.

Un joven se ofrece a acompañar a paseo a una señorita.

—No puede ser—dice la madre.

—¿No se fía usted de mí?

—Sí, señor, me fío de usted.

—Pues, ¿no se fía de su hija?

—También de ella. ¡De quien no me fío es de los dos juntos!

J. M. Conde.

En una fonda entra un individuo y acercándose a la dueña le dice:

—Señora, hace tres días que no como y tres que ni tomo café ni fumo un cigarro.

—Lo siento—le dice la dueña.

—Señora y tres días que no tengo donde dormir.

—Lo siento, pobre hombre, ¿pero qué quiere usted que yo le haga?

—Señora, es usted muy amable, hágame una tortilla con patatas.

Juan Rivero.—Ceuta.

Dos amigos se dirigen a un anticuario con el fin de comprar una espada para un desafío.

—Oye, Pedro, ¿y me costará muy cara?

—¡Qué! ¿No ves que es de lance?

R. S. M.—Granada.

Una linda joven refería ante un grupo de amigas sus impresiones la primera vez que había viajado en ferrocarril.

—Hasta he visto un túnel, exclama.

—¿Y qué es túnel?

—Un agujero muy largo y luego silban.

Un provinciano.

En un examen de Derecho Administrativo.

El profesor.—¿Qué modificación cree usted conveniente introducir en el Tribunal de Cuentas?

El alumno.—Cambiarle la letra A por una O y llamarle Tribunal de Cuentos.

Antonio Balaguer.—Barcelona.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

MADRID



Manzanilla "ROMULO Y REMO"

ES MEJOR QUE EL TE, PORQUE NO DEBILITA, Y QUE EL CAFÉ, PORQUE NO EXCITA. PIDASE EN HOTELES, FONDAS, CAFÉS Y BARES. De venta: en farmacias, droguerías y ultramarinos. Bote, 1,50 ptas. Bolsita, 0,10 ptas.

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO EN MÉXICO, Evaristo Alfaro, 5ª calle de San Juan de Letrán, 63.

Una taza en ayunas evita los purgantes y las bilis. Tomada después de las comidas facilita la digestión.

INDRA PERLA

Las más acreditadas en todo el mundo.
La mejor calidad y más barata.

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

ALHAJAS
SE COMPRAN PARA CASA EXTRANJERA

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

CUPÓN

correspondiente al núm. 250 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a
todo trabajo que se nos
remita para el Concurso
permanente de chistes o
como colaboración es-
pontánea.

DEL SOLAR TINERFENO

RECUERDOS DE UN VIAJERO

por

ANTONIO FERNANDEZ DE ROTA

De venta en la librería Rivadeneyra,
Gra Vía, 9.-Madrid, y en otras
principales

Los corsés y fajas,
de casa de *Presa*,
son siempre elegantes,
bien a todas sientan.
Y el sostén de pechos
de marca *Ideal*,
saben las señoras
que no tiene igual.

Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00-M.

LIQUIDACIÓN

de novelas detectivescas, revis-
tas ilustradas, música para
piano, cuplés, etc; prospectos
gratis.

ANTONIO ROS
LIBRERO

Claudio Coello, 95. Madrid (6)

SENSACIONAL
DESCUBRIMIENTO
os asombrará en breve plazo

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13



HERNIAS

Bragueros cien-
tíficamente.

J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueras 8

"BUEN PROVECHO"

Vino tónico de maravillosos resul-
tados para ancianos y convalecientes

"Los Cepas" Alberto Agullera, 29
:-: Teléf. 10-59 J. :-:

Dicen que Vicente
tiene muy buen diente...
¿Porque come mucho?...
No, amigo Manolo.
¡Porque se lo limpia
con Licor del Polo!

LOS FAMOSOS

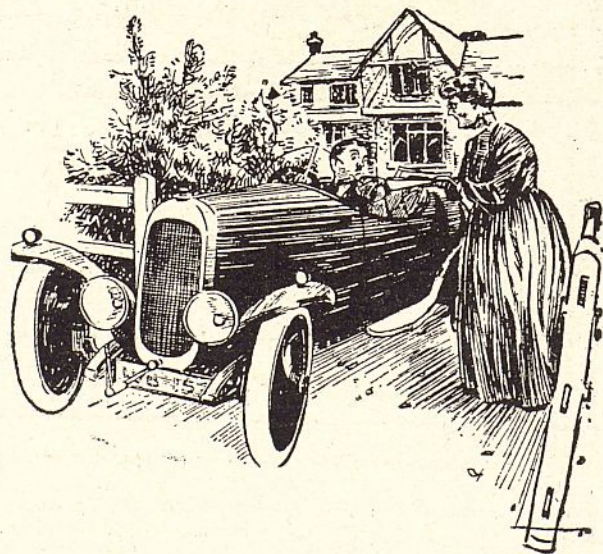
POLVOS
INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑIA

SON

INFALIBLES
PARA LA DESTRUCCIÓN
DE TODA CLASE
DE INSECTOS



—Toma este periódico
para que te distraigas en
el viaje.

De The Humorist.—Londón.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Dib. BERNAD.—Paris.

—Pero, hombre, ¡tú no sabes pintar, debías ir a la escuela!
—Que te crees tú eso, ¡voy a fundar una!

Ayuntamiento de Madrid